

LAS VIEJAS DIFÍCILES

LAS VIEJAS DIFÍCILES

(Tragedia caótica dividida en un prólogo y dos partes)

Pienso que si el diablo no existe, y, por tanto, es creación del hombre, éste lo ha creado a su imagen y semejanza.

FIODOR M. DOSTOYEVSKI

Estrenada en el Teatro Beatriz de Madrid, el 7 de octubre de 1966 con el siguiente

REPARTO

DAMA 1	Carola Fernán-Gómez
DAMA 2	Rosa Luisa Gorostegui
JULITA	Julieta Serrano
ANTONIO	Anastasio Alemán
GUARDA	Venancio Muro
JOAQUINA	Lola Gaos
LEONOR	Társila Criado
AGAPITO	Miguel Armario
DON FABIÁN	Emilio Espinosa
DAMA 3	Juanita Solano
DAMA 4	Amalia Albadalejo
DAMA 5	Manolita Navarro
ELÍAS	Fernando Sánchez Polak
CONCHA	Margarita Calahorra
VIEJA	María Teresa Dressel
LOLITA	Gloria Lafuente
PACO	Fernando Sánchez Mestre
ELÍITAS	José Luis Alonso
CONCHITA	María Paz Yáñez
DON TEÓFANES	Francisco Merino
DAMA 6	Josefina del Cid
DAMA 7	Elena Montserrat
Decorados y figurines	Pablo Gago
Música	Carmelo Bernaola

Dirección
JULIO DIAMANTE

Personajes

DAMA 1

DAMA 2

JULITA

ANTONIO

NIÑO

NIÑA

GUARDA

JOAQUINA

LEONOR

AGAPITO

DON FABIÁN

DAMA 3

DAMA 4

DAMA 5

ELÍAS

CONCHA

VIEJA

LOLITA

PACO

ELÍITAS

CONCHITA

DON TEÓFANES

DOÑA SOCORRO

MARCELA

DAMA 6

DAMA 7

La acción transcurre en una ciudad donde la maledicencia es omnipotente, y los oídos, estúpidos.

Época: de maledicencia. Sin año. Sin mes.

DECORADOS

PRIMERA PARTE

Prólogo: En un rincón de un parque público.

Cuadro primero: En una casa de pasado muy acomodado.

Cuadro segundo: En una miserable casa de dos habitaciones.

SEGUNDA PARTE

Cuadro primero: Igual que en el cuadro segundo de la primera parte.

Cuadro segundo: Una alcoba sucia que huele a pecado.

Es conveniente que la escena esté dispuesta en tres sectores marcados por practicables a diversas alturas, de forma que no haya que hacer mutaciones lentas. La decoración de la casa acomodada, del primer cuadro de la primera parte, debe ocupar el practicable más elevado, y en la segunda parte será sustituida por la alcoba sucia que huele a pecado.

INTERPRETACIÓN

Es imprescindible que esta obra, a pesar de su aire, en ciertos momentos, divertido, se represente por parte de los actores con una seriedad absoluta, sin marcar de ninguna forma aquellas frases que puedan parecer graciosas. La interpretación debe ser exagerada, en todos los sentidos, pero muy especialmente en este de la seriedad.

(N.E. Se sigue el texto de la edición de «Taurus» (1963) por ser más completo que el que figura en la edición de la colección «Teatro» (1967). Además de diferencias puntuales entre ambos textos, debe reseñarse que son totalmente distintos los respectivos cuadros finales de ambas ediciones)

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

En un parque. Este decorado, como los demás donde transcurren las escenas de esta obra, ha de ser esquemático y triste, sugestivo y feo, viejo como el mundo, actual como la primavera.

Por ejemplo, el decorado de este parque podría consistir en un banco, y a su lado, un árbol viejo y reseco, pelado y negro, cuyas ramas, en forma de garras de ave de rapiña, se inclinan amenazadoras sobre el banco. En primer término crece una flor muy bonita, solitaria como un hombre.

En el momento de alzarse el telón está cayendo una copiosa nevada. Por la izquierda aparecen, andando con menudos pasos, rápidas y vivarachas, dos VIEJAS, cuyos sombreros, sujetos con una cinta negra a la sota-barba, nos recuerdan no demasiado vagamente los gorros castrenses, con su barboquejo bajado.

DAMA 1.— ¿Es posible?

DAMA 2.— Posibilísimo. Hay que acabar con todo eso.

DAMA 1.— Lo pondremos en conocimiento de la Asociación. La Asociación no puede consentir que ocurra eso en nuestra ciudad.

DAMA 2.— Sí, señora. Va contra la moral. ¡A quien se le diga!

DAMA 1.— ¿Y dice que la sobrina de don Armando, el Subinspector general?

DAMA 2.— ¡La sobrina!

DAMA 1.— Y le estaba diciendo a él...

DAMA 2.— *(Repitiendo las palabras que oyó.)* Como no consiga casarme este año me marchó a Inglaterra a aprender el inglés...

DAMA 1.— ¡Jesús! ¡Qué barbaridad! ¡Y el domingo irá tan fresca a misa!

DAMA 2.— De una mujer así se puede esperar todo.

DAMA 1.— Pero la Asociación no lo tolerará. Esta misma tarde propondremos en la Asociación que se presente una queja en la Alcaldía.

DAMA 2.— ¿Usted cree que nos harán caso?

DAMA 1.— ¡Como no nos hagan caso, nos cargamos al Alcalde!

DAMA 2.— Como a aquel otro. ¿Se acuerda?

DAMA 1.— ¡Que si me acuerdo!... *(Ríen las dos.)*

DAMA 2.— ¡Fíjese, doña Isidora! Una flor... ¡Una flor en el parque en pleno mes de enero!

DAMA 2.— ¡El jardinero es un sinvergüenza! ¡Mira que dejar crecer una flor en pleno mes de enero!

DAMA 2.— ¡Qué inmoralidad!

DAMA 1.— Tendremos que cargarnos al jardinero.

DAMA 2.— ¡Queja en la Alcaldía!

DAMA 1.— ¡Quiá! Más efectivo: ¡tiro en la nuca! *(Pasa un guarda.)* Hay que acabar con la inmoralidad. Hay que velar por la santidad de nuestra capital. Somos las elegidas.

DAMA 2.— Si no fuera por nosotras...

DAMA 1.— ¡Calle, por Dios!

DAMA 2.— ¿Y se ha enterado de lo de doña Inés?

DAMA 1.— ¿La del Delegado provincial?

DAMA 2.— ¡La misma!

DAMA 1.— ¡Ha solicitado el ingreso en la Asociación!

DAMA 2.— Es una cínica... *(Inician la salida por el lado derecho.)* Figúrese que la otra tarde me contó la criada de don Simón que la vio comerse un bocadillo de salchicha. ¡Y era viernes!

DAMA 1.— ¡No!

DAMA 2.— ¡Como lo oye!

DAMA 1.— ¡Qué horror! ¿No sé dónde vamos a ir a parar! Hay que acabar con todo esto. Pero somos demasiados débiles, doña Teresita.

DAMA 2.— Y un poquito mayores...

(Un momento antes han iniciado el mutis, como se indicó, y ahora han desaparecido, cuchicheando y escandalizadas de tanta inmoralidad, acaso un poco tristes porque son demasiado viejas para frenar con toda dureza

los desmanes y la inmoralidad de nuestra capital. Lejos empieza a oírse un coro infantil que canta, desafiando deliciosamente. Por el lado izquierdo aparecen ANTONIO y JULITA, una pareja vestida con gabardina gris. Vienen cogidos de la mano, como dos auténticos enamorados. Caminan con paso lento, cansino, decepcionado. Los dos llevan los cuellos de las gabardinas subidos y los guantes puestos. Él lleva boina y ella también lleva boina. Los dos calzan viejos zapatos de agua. Los dos han cumplido el mes de noviembre cuarenta y siete años. El coro infantil canta más cerca. Sigue nevando.)

JULITA.— No corras tanto. Estoy rendida. Hace un calor horrible. *(Se sienta en el banco.)*

ANTONIO.— *(Sentándose en el banco de mala gana.)* Podíamos haber llegado hasta el parterre...

(Detrás de la pareja ha aparecido un GUARDA JURADO con aspecto de sabueso, que, sin duda, los venía siguiendo. Se oculta torpemente detrás del árbol y escucha en silencio.)

JULITA.— No quiero volver al parterre. ¡Ya sé lo que buscas allí! ¡La maleza! ¡La ocultación! ¡Ya estoy cansada de ocultarme a los ojos de los demás! ¿Te enteras?

ANTONIO.— Llevas mucho tiempo cansada. Y siempre tienes calor. Y no quieres ir al parterre. *(Triste.)* Ya no te gusta pasear.

JULITA.— No, no me gusta pasear ya. Ni me gusta el parque, ni me gusta ver correr a los niños, ni me gusta la cerveza, ni me gustan las patatas fritas a la inglesa.

ANTONIO.— *(Después de suspirar.)* ¡Cómo has cambiado, Julita!...

JULITA.— *(Triste.)* Ya lo creo. Ahora me pongo el cinturón en el último agujero. He perdido veinticinco kilos.

ANTONIO.— *(Alarmado.)* ¿Veinticinco?

JULITA.— *(Rotunda.)* Veinticinco.

ANTONIO.— ¿Y qué dice el médico?

JULITA.— Lo que todos: que es del hígado. Todo lo malo va a parar al hígado.

Tú, por lo visto, no tienes hígado.

ANTONIO.— Sí que lo tengo. A veces me duele.

JULITA.— ¿Te acuerdas de cómo estaba con aquel vestido azul claro, hace quince años?

ANTONIO.— Estabas muy llena entonces.

JULITA.— Demasiado llena. Se me salían la ilusión y la alegría por las carnes. Pero el hígado no perdona...

ANTONIO.— *(Pensativo.)* Y los kilos se van.

JULITA.— Y las ilusiones...

ANTONIO.— Y las ganas de vivir...

JULITA.— Y las primaveras...

ANTONIO.— Y los veranos...

JULITA.— Y los otoños...

(Bostezan los dos. Largo silencio. La canción de los NIÑOS se hace más próxima. Unos NIÑOS pasan corriendo por la escena. Juegan al escondite.)

NIÑO.— *(Canturreando.)*

Pan y tomate

Para que no te escapes.

Pan y tocino

Para que te vengas conmigo.

NIÑA.— *(Lloriqueando.)* Trampa, trampa, trampa. Eso es trampa.

(El NIÑO le pega un pescozón. Ella se va llorando. El NIÑO la sigue.)

NIÑO.— *(Saliendo.)* ¡No vale! ¡No vale! ¡Ésta es idiota!

JULITA.— Todas somos idiotas.

ANTONIO.— *(Volviendo de la abstracción en la que se había sumido.)*
¿Mmmmm?...

JULITA.— Nada, nada... *(Un silencio.)* ¿Te han ascendido hoy?

ANTONIO.— No. Tampoco.

JULITA.— ¿Por qué?

ANTONIO.— Lo de siempre. Hay muchos. Y todos queremos ascender.

JULITA.— ¿Y están todos casados?

ANTONIO.— Unos sí y otros no.

JULITA.— Nunca te ascenderán. Te tienen manía. Saben que has leído el «Quijote» y que publicaste aquel artículo en el periódico de la provincia. Eso no lo perdonan.

ANTONIO.— Llegará un día... El día menos pensado. Y nos casaremos.

JULITA.— ¡Así treinta y siete años! Verás cómo el día menos pensado... Verás cómo el día menos pensado... ¡Puaf! Mentiras. Sólo se oyen mentiras. El mundo está hecho con mentiras y con ascensos diferidos.

ANTONIO.— Julita, yo te quiero.

JULITA.— No me lo digas. Cuando lo dices, lo paso peor. Y cada noche, cuando llego a casa y me acuesto, siento una horrible congoja que no me deja dormir. Noto dentro como un escozor muy grande, mientras una voz, desde muy lejos, me dice que soy vieja y que mi cuerpo ya no sirve para llevar un hijo dentro.

ANTONIO.— ¡Tonterías, Julita! Estás en lo mejor de la vida.

JULITA.— Me duele el hígado... y la matriz. Ya no soy joven.

ANTONIO.— Pero sigues tan bonita como aquella tarde, cuando salíamos del Instituto y se te cayó el helado encima de mi camisa.

JULITA.— ¡Mentira! Eso no ha ocurrido nunca. Nada ha ocurrido nunca, Antonio. Nada. Tú nunca me has dado un beso, y nunca ha habido primavera, y nunca hemos paseado por el parterre ni nos hemos comido una patata frita a la inglesa. ¡Mentira! La única verdad es el reloj del comedor de casa de mi hermana, que corre y corre muy de prisa, llevándose las hojas del calendario en sus manecillas, llevándose la esperanza, llevándose todo.

(Queda triste, con la vista perdida en el calendario.)

ANTONIO.— *(Con resignado fastidio.)* Otra vez los nervios. ¡No dejes de tomar las pastillas! A nuestra edad no se puede jugar con la salud. Vamos para casa...

JULITA.— ¡No quiero ir a casa! Me horroriza la casa de mi hermana. Yo quiero una casa mía... y tuya. Una casita donde tengamos nuestra alcoba pequeña y caliente para pasar las noches y los días.

ANTONIO.— Eso es muy difícil. ¡Una casa! (*Gesto de haber citado un imposible.*) Las casas son para los ricos. Nosotros tenemos que esperar a que me asciendan. Entonces me dejarán compartir la vivienda con el portero.

JULITA.— Otros hombres compran pisos enteros para meterse con sus mujeres y con sus hijos.

ANTONIO.— No son hombres, Julita. Compréndelo. Son superhombres. Sólo los superhombres son capaces de tener automóvil y comprarse una casa.

JULITA.— ¡Trabaja más!

ANTONIO.— No soy un superhombre. Eso requiere una condición especial. Y unas energías de superhombre. Y yo no las tengo.

JULITA.— ¡Qué pena me das, Antonio!

ANTONIO.— Yo también. Si pudiera dejar la fábrica...

JULITA.— (*Entusiasmada.*) ¿Qué?

ANTONIO.— Intentaría escribir una novela. Todos los hombres debían escribir una novela. El mundo no sería como es.

JULITA.— ¿Cómo es el mundo, Antonio?

ANTONIO.— Redondo. Lleno de gentes. Lleno de tiburones, lleno de agua.

JULITA.— ¿Y se arreglaría con una novela?

ANTONIO.— Con una, no. Con millones y millones. Si cada cual leyera su novela...

JULITA.— ¿Qué?

ANTONIO.— Nadie leería las de los demás. Todo sería más fácil.

JULITA.— ¡Tonterías! (*Un silencio.*)

ANTONIO.— ¡Si pudiéramos casarnos como fuera!...

JULITA.— ¿Y las damas? ¿Has pensado lo que harían? Ellas no consienten que los matrimonios se casen como sea. Los matrimonios, en sus casas; es su lema.

ANTONIO.— ¿Y en casa de tu hermana?

JULITA.— Vivimos siete en dos habitaciones. Tus tías tienen un palacio con catorce habitaciones.

ANTONIO.— Mis tías son damas de la Asociación. No consentirían.

JULITA.— (*Estallando.*) Estoy cansada, Antonio. ¡Tan cansada que ya no puedo más! Si no nos casamos haré una locura. Me buscaré un hombre con dinero.

ANTONIO.— (*Enérgico, dentro de su débil carácter.*) ¡Tú no harás eso!

JULITA.— No, no lo haré. Pero me gusta pensarlo.

ANTONIO.— Pero no puedes...

JULITA.— Puedo. No olvides que soy soltera, Antonio. Y lo seré toda mi vida. *(Poniéndose en pie, decidida.)* Me marchó. Ahora mismo. Para siempre. ¡Hemos terminado! ¡Se acabó! El domingo iré sola a misa... Sola, por primera vez en treinta y siete años... *(Da dos pases hacia el lateral para irse.)*

ANTONIO.— No puedes irte. Nosotros ya estamos casados, aunque no estemos casados. Como tu hermana, como cualquier matrimonio... Estamos casados por el tiempo, por los paseos, por el aburrimiento... Tenemos que vivir juntos.

JULITA.— ¿Y un hijo? ¿Cuándo vamos a tener un hijo?

ANTONIO.— Cuando quieras...

JULITA.— *(Pegándole una bofetada.)* ¡Marrano! ¡Antes te cuidabas mucho de decir esas cosas! ¡Un hijo!... ¡Qué horror! ¡Un hijo!... ¿Y para qué? Puede que luego le pegue a una... He leído un libro en donde el hijo le pegaba a su madre. ¿Te imaginas, si nosotros tuviéramos un hijo, que nos pegara?

ANTONIO.— ¡Un hijo!

JULITA.— ¡Sí, un hijo!

ANTONIO.— *(Muy alegre.)* ¡Repítelo!

JULITA.— *(En tono monocorde.)* He dicho: ¿Te imaginas, si nosotros tuviéramos un hijo, que nos pegara?

ANTONIO.— ¿Nosotros... un hijo?... Julita, nadie me había dicho eso nunca. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

JULITA.— Porque hasta el otro día no había leído ese libro en que el hijo pega a sus padres.

ANTONIO.— ¡Oh, Julita! ¡Mi pequeña! *(Le coge las manos y la mira a los ojos.)* ¡Un hijo..., un hijo de algodón que se llame Martínez! *(La besa en la frente.)* Un hijo, que me pedirá pesetas para comprar regaliz y que vendrá conmigo a beber gaseosa. ¡Gracias, Julita, gracias! Es la mejor noticia que me podías dar. ¡Vamos a tener un hijo! ¿Te imaginas lo que eso significa? ¡Vamos a ser padres!

JULITA.— ¿Sííí?...

ANTONIO.— ¡Sí! Y si es chico se llamará Antoñito.

JULITA.— Y si es chica, Juliana, como mi difunta madre.

ANTONIO.— Si es chico, será militar, como su abuelo.

JULITA.— ¿Y si hay guerra?

ANTONIO.— ¡Llegará a capitán!

JULITA.— ¿Y si le matan?

ANTONIO.— ¡Le darán una medalla!

JULITA.— Yo no quiero que le den medallas, Antonio.

ANTONIO.— ¡Pues le haremos ingeniero!

JULITA.— No, Antonio; ingeniero, no. ¡Pobre hijo de mis entrañas! ¡Tan tiernecito y teniendo que hacer puentes y carreteras!

ANTONIO.— ¡Ojalá yo supiera hacer puentes!

JULITA.— Mi primo trabajó en el puente del pueblo y sólo le daban dieciséis pesetas de jornal.

ANTONIO.— Tu primo Asdrúbal es muy bruto. Pero nuestro hijo será muy listo. Podrá ser lo que quiera.

JULITA.— ¡Que sea lo que quiera!

ANTONIO.— Le compraremos un plumier para que vaya al colegio.

JULITA.— Y un botijo para cuando vaya de excursión.

(A medida que hablan sus ojos se han ido alegrando, mientras poco a poco se han ido acercando el uno al otro. Al final de esta escena estarán totalmente fundidos en ese maravilloso sueño del hijo de los enamorados vírgenes.)

ANTONIO.— Le peñaremos con raya en medio, como yo.

JULITA.— Tendrá tus ojos, tus pestañas, tus bronquitis. Le limpiaré los zapatos y le daré papillita.

ANTONIO.— Y cuando crezca comerá judías.

JULITA.— Pero yo siempre le daré papillita. ¡Qué feliz soy, Martínez!

ANTONIO.— Yo también. Parece como si delante de nosotros se abriera un camino nuevo, ancho y lleno de luz. ¡Voy a tener un hijo, vida mía! Cuando crezca le compraré un caballo de verdad para que corra por el pasillo.

JULITA.— ¿Por qué pasillo?...

ANTONIO.— *(Cargado de razón.)* ¡Un día tendremos un pasillo para que corra el chico a caballo!

JULITA.— *(A punto de llorar, con la ilusión perdida.)* Para tener un hijo que se llame Antonio se necesita un pasillo muy largo y nueve faltas. ¡No tenemos nada, Antonio, nada!...

ANTONIO.— Algún día puede que...

JULITA.— (*Súbitamente.*) Vamos al parterre, Antonio. Quiero que no nos vea nadie, y tomar cerveza y patatas fritas a la inglesa...

ANTONIO.— ¡Vida mía!... (*Están muy juntos.*)

JULITA.— ¡Me quiero casar!

ANTONIO.— Yo también.

JULITA.— ¡No puedo más!

ANTONIO.— Aunque nos muramos de hambre, nos casaremos, Julita.

JULITA.— ¿Enseguida, Antonio?

ANTONIO.— Cuando tú quieras.

JULITA.— ¿La semana que viene?

ANTONIO.— ¡La semana que viene!

JULITA.— ¡Qué guapo eres, Antonio!

ANTONIO.— De pequeño sí que lo era. ¿Me quieres?

JULITA.— ¡Claro, hombre! (*Transición. Después de respirar hondo.*) ¡Qué bien se está aquí! ¡Nos vamos a casar!

(Se miran. Se acercan y se besan. Un beso largo y profundo, como la maternidad. Por detrás del árbol donde estaba escondido aparece el GUARDA con un cuadernito en la mano.)

GUARDA.— ¡Basta! ¡Basta ya! (*Los separa a viva fuerza.*) Los vengo siguiendo desde que entraron por la puerta principal. ¡Pardillos! ¡Inmorales! ¡Solitarios! ¡Querían ir al parterre! ¡Y se estaban dando un beso!

JULITA.— (*Arrebolada.*) Antonio, es cierto; no lo neguemos.

ANTONIO.— La semana que viene nos casamos.

GUARDA.— Eso dicen todos. ¡El deseo! ¡El pecado! ¡Eso es lo que buscan hablando de matrimonio! El caso es hacerse cariñitos y cosas aún peores. ¡Ustedes incluso estaban pensando en tener un niño! ¡Lo he oído bien claro! ¡Un niño! ¡Qué descaró!

JULITA.— ¡Ay, si me difunta madre levantara la cabeza, Antonio! ¡Qué vergüenza tan grande!

ANTONIO.— Nos vamos a casar. ¡Somos novios desde hace treinta y siete años!

JULITA.— (*Timidamente.*) Y tres meses...

GUARDA.— La gente seria no viene al parque a pasear, ni a mirarse a los ojos, ni a darse besos, ni a jugar a pídola, ni a ver los pájaros, ni a oler las flores, ni a ver los patos del estanque. ¡Eso es una inmoralidad! Y hay que poner una multa y dar parte a la Alcaldía. Y hay que firmar en el libro de castigos. Y en el «Yo me acuso» de las Damas de la Asociación.

JULITA.— ¿Las Damas? ¡Estamos perdidos, Antonio!

ANTONIO.— Y mis tías...

GUARDA.— Vengan ustedes conmigo. ¡Quedan detenidos!

JULITA.— ¡Detenidos! ¡Cómo hemos caído, Antonio! ¡Qué desgracia tan horrible!

GUARDA.— ¡Vamos!

ANTONIO.— ¡Yo no voy a ningún sitio!

GUARDA.— ¡Ustedes se vienen conmigo!

JULITA.— ¡Firmar en el «Yo me acuso» de las Damas!

ANTONIO.— No hacíamos nada malo. ¡No vamos a ningún sitio, ea!

GUARDA.— ¿Que no vienen? Les costará caro este desplante. *(Se echa la escopeta a la cara.)* ¡En marcha!

JULITA.— ¡Tus tías!

ANTONIO.— ¡Las Damas!

GUARDA.— ¡Silencio! ¡En marcha!

ANTONIO.— *(Aterrado.)* Pero..., pero... ¿dónde nos lleva?

GUARDA.— ¡A responder de su delito!

ANTONIO.— ¡Si no hay delito!...

JULITA.— ¡Ay, qué desgracia, Antonio!

(Llora. ANTONIO le pasa una mano por el hombro.)

GUARDA.— ¡Quietos! ¡Conténgase! ¡Estoy yo delante! También tendrán que dar cuenta de esto.

ANTONIO.— Pero...

GUARDA.— ¡Basta he dicho! ¡En marcha!

(Salen los tres. Oscuro.)

CUADRO PRIMERO

En casa de doña JOAQUINA, tía de ANTONIO y Dama de la Asociación.

(Muebles antiguos, de estilo viejo, desflecados, a punto de morir, como la propietaria. En el suelo, un brasero de pie con una gran badila. En la pared, un gran retrato de un coronel de la guerra de Cuba; una panoplia, con sables; una trompeta y un tambor. Sobre una cómoda, una estampita de San Antonio y dos lamparillas.

Sentadas, haciendo punto, hay dos VIEJAS: JOAQUINA y LEONOR. Las dos son flacas, vivarachas y, por supuesto, visten de negro. JOAQUINA, más elegante, más enérgica y más vivaracha.)

JOAQUINA.— La desgracia ha caído sobre nosotras, Leonor.

LEONOR.— Sí, Joaquina.

JOAQUINA.— El santo nombre de la familia, blanco como tu alma de soltera, ha sido maculado, Leonor.

LEONOR.— Sí, Joaquina.

JOAQUINA.— Pero el cielo no permitirá que el delito quede sin castigo, Leonor.

LEONOR.— Sí, Joaquina.

JOAQUINA.— Un día nos enteraremos de que el rayo ha caído sobre el canalla, Leonor.

LEONOR.— Sí, Joaquina.

JOAQUINA.— ¡Haremos un triduo!

LEONOR.— ¿Para qué?

JOAQUINA.— ¡Para que el rayo caiga!

LEONOR.— ¿Te traigo el devocionario?

JOAQUINA.— Lo haremos luego. Después del septenario y antes de la novena.

LEONOR.— Como quieras. *(Larga pausa.)*

JOAQUINA.— ¡Ay, Jesús!

LEONOR.— ¿Te ha vuelto el dolor?

JOAQUINA.— No. Me ha venido a la cabeza la canallada del canalla.

LEONOR.— No debemos hablarlo. El Consejo Supremo de la Asociación lo ha prohibido.

JOAQUINA.— A nosotras, no. Somos parte interesada. ¡Si estuviera vivo mi pobre Ricardo, que en Cuba descansa, a sablazos hubiera resuelto la dolorosa situación!

LEONOR.— Nuestro sobrino Antonio... ha resultado un monstruo.

JOAQUINA.— ¡En la cárcel, por inmoral! ¡Ay, Dios mío!

LEONOR.— El periódico que nos leyó Agapito decía que Antonio y la fulana habían sido procesados por inmoralidad pública.

JOAQUINA.— ¡Qué horror! ¡Y el rayo eterno sin caer aún!

LEONOR.— Estaban besándose con una...

JOAQUINA.— Nosotras, que le habíamos criado desde que murió su padre de aquellas tercianas como si hubiera sido nuestro propio hijo... Que le hemos dado nuestro cariño y nuestra leche de vacas, Leonor...

LEONOR.— Que le hemos puesto a hacer pipí.

JOAQUINA.— Que le hemos dado un porvenir de contable... Y todo, ¿para qué? Cuarenta y cuatro años perdidos. La Presidenta de la Asociación no ha vuelto a pisar esta casa desde que apareció la noticia...

LEONOR.— Ni don Fabián, el notario.

JOAQUINA.— ¡Solas, solas, hermana mía! ¡Y con un sobrino maldito en el que ha hecho presa el demonio!

LEONOR.— Cuando salga de la cárcel le llevaremos a la catedral para que don Manuel, el canónigo, le eche el demonio del cuerpo.

JOAQUINA.— ¡Sus pecadores pies no volverán a pisar esta casa!

LEONOR.— ¡Si papá levantara la cabeza!...

JOAQUINA.— ¡Qué horror! (*Un silencio. Suena una campanilla.*)

LEONOR.— El periódico que nos leyó Agapito decía que encima se había mostrado rebelde.

JOAQUINA.— Como todos los monstruos. Hemos dado nuestra leche a un monstruo, hermana mía. Y todo porque nuestro sobrino Carlitos nos dijo que no abandonásemos a su hijo. Pero ¡qué hijo nos dejó! ¡Qué hijo!

LEONOR.— Si Antoñito se hubiera muerto de parto, nos hubiera dejado tan descansadas.

JOAQUINA.— Como su madre. ¡Bien descansadas nos dejó! (*Vuelve a sonar la campanilla. Suena la campanilla conventual.*) Leonor, no te hagas la tonta. Han llamado dos veces.

(LEONOR se levanta y sale. JOAQUINA suspira. Al cabo de un momento vuelve LEONOR, seguida por un viejecito, que

lleva la gorra en la mano y un periódico roto debajo del brazo.)

LEONOR.— Pase, Agapito, pase. (*A su hermana.*) Es el portero.

AGAPITO.— Con el permiso de las señoras.

JOAQUINA.— ¿Qué desea, Agapito?

Agapito.— Como sé que las señoras no han vuelto a leer el periódico desde lo de Cavite, me he permitido subir de nuevo para informarlas...

JOAQUINA.— ¿Nuevas noticias del monstruo?

AGAPITO.— Relativamente, señoras... Su sobrino don Antonio se ha casado en la cárcel, hace tres semanas, con la individua de marras.

LAS DOS.— ¡No!

AGAPITO.— (*Rotundo.*) Se ha casado. Y por especial privilegio del director de la prisión ha disfrutado de una luna de miel de veinticuatro horas.

JOAQUINA.— ¡Qué horror! No se puede consentir. Hay que presentar una queja.

AGAPITO.— No hace falta, señoras. Al día siguiente del hecho ha sido destituido el director por una orden de la Alcaldía.

JOAQUINA.— ¡Gracias a Dios que hay justicia!

AGAPITO.— Traía el periódico que cuenta lo sucedido.

LAS DOS.— (*Avidamente.*) ¡Lea, lea!...

AGAPITO.— (*Leyendo torpemente.*) «La opinión pública, satisfecha. En relación con el desdichado caso de los inmorales amantes del parque, Antonio y Julita, detenidos hace siete meses por nuestro probo guarda municipal, cuya boda ha tenido lugar en la cárcel la semana pasada, informamos a nuestros lectores que, afortunadamente, no hay motivo para llevar el caso más arriba. Cuando apareció la noticia de que el desdichado monstruo, corruptor y sádico hombre del parque, había contraído nupcias con la individua desalmada y sin escrúpulos que se hacía pasar por su novia, matrimonio que tuvo lugar dentro de la cárcel local, y se dijo de fuentes bien informadas que estos dos seres habían disfrutado de una luna de miel de veinticuatro horas, por especial concesión del director del centro penitenciario, la presidenta de nuestra honorable Asociación de Damas se personó en la secretaría del señor Alcalde, donde formuló de manera secreta y eficaz la enérgica protesta que era de esperar. Una vez cursada la protesta, ha sido decretado el cese del director y su expulsión del cuerpo, así como una orden por la cual se prohíbe en lo

sucesivo que los penados vuelvan a tener actividades sentimentales de cualquier índole. Nuestra localidad puede estar satisfecha. La moralidad está salvada y nuestras honorables familias podrán volver a pasear tranquilamente por el parque con sus hijos, teniendo en cuenta que la zona donde fueron detenidos los aludidos monstruos queda acotada para los paseantes y curiosos por una especial disposición del Director de Parques y Jardines, a fin de evitar posibles malos pensamientos. Felicitamos a la Asociación, que se ha apuntado un nuevo triunfo, sólo comparable a los de nuestro equipo de fútbol. La medida merece nuestro elogio más sincero.»

JOAQUINA.— *(Como una hosanna.)* ¡Nuestra presidenta es una santa! ¡La moralidad se ha salvado!

LEONOR.— Pero ¿y mi alma de soltera? ¿Y nuestro apellido de solteras?

JOAQUINA.— Eso ya no tiene remedio. ¡Nuestra sangre se ha vertido sobre nuestras cabezas! *(Llaman a la puerta. JOAQUINA mira a LEONOR. LEONOR sale a abrir.)* La desgracia ha caído sobre esta casa, Agapito. ¿Recuerda usted aquellos días felices, cuando mi hermana Leonor y yo bajábamos la escalera a la pata coja, mientras mamá tocaba al piano un vals de Strauss?

AGAPITO.— Luego, ustedes crecieron y el piano no sonó. Murió su señora mamá de aquel mal tan malo...

JOAQUINA.— Y papá. Y el abuelito Arturo, y toda la familia. Luego, yo me casé con mi pobre Ricardo, que en Cuba descansa.

AGAPITO.— ¡Qué gran señor! Todavía le recuerdo... Sus bigotazos, su sable, su trompeta, su tambor...

JOAQUINA.— Todo lo recuperé, menos sus bigotazos... *(Suspira.)*

LEONOR.— *(Entra, seguida por DON FABIÁN, el NOTARIO, bajo, gordo, cabezota y con gafas, y TRES DAMAS, vocales de la Asociación, que parecen tres pájaros vestidos de negro.)* Pues ya creíamos que se habían olvidado de nosotras... ¡Joaquina, mira quién es! Tenemos visita.

JOAQUINA.— ¡Dichosos los ojos! ¡Cuánto honor! ¡Si es don Fabián, el notario!... ¡Si son las Damas vocales de terrorismo!... *(Intercambio de besos y saludos.)*

LEONOR.— Ya, ya... No habían vuelto por aquí desde que la desgracia entró en esta casa.

FABIÁN.— (*Solemne y notarial.*) Y personalmente no lo hubiera hecho. Siempre he procurado mantenerme lejos del demonio. Pero me he arriesgado profesionalmente, nada más, a instancia de estas virtuosas damas, que quieren que dé fe de lo que vienen a exponer. ¡Doy fe de que vengo a dar fe!

JOAQUINA.— (*Temerosa.*) ¿Hemos sido expulsadas?

DAMA 3.— Todavía no.

JOAQUINA.— (*Temerosa aún.*) Pues ustedes dirán...

DAMA 3.— Tenemos noticia de fuente bien informada que el monstruo y la pelandrusca cumplen hoy la sentencia y van a ser puestos en libertad.

JOAQUINA.— Pero ¿no le habían condenado a muerte, Agapito? (*AGAPITO niega, compungido.*) ¡Qué cosas!

FABIÁN.— Nos ha tocado vivir un siglo que ya, ya...

DAMA 3.— Y venimos a inquirir: ¿Piensan ustedes dar asilo en esta casa al que fue su sobrino, bien sea solo o mal acompañado?

JOAQUINA.— ¡De ninguna manera! ¡Antes me dejaré cortar la mano derecha! Un ser así no tiene familia. ¡Merece la condenación! ¡El rayo eterno!

DAMAS y FABIÁN.— ¡El rayo eterno!

LEONOR y AGAPITO.— ¡La condenación!

DAMA 3.— De todas maneras, hemos sido comisionadas para advertirles, en presencia de don Fabián, notario de la Asociación, que si su buen corazón les traiciona y acogen en esta mansión, respetable hasta ahora, a un inmoral como su sobrino, la Asociación decretará sin demora la expulsión de ustedes dos.

(*Llaman a la puerta. LEONOR sale a abrir.*)

FABIÁN.— Doy fe de que lo han dicho ustedes bien claramente.

DAMA 3.— (*Después de sonreír a DON FABIÁN.*) Si siguen ustedes nuestro consejo serán acogidas entre nosotras con el mismo cariño de siempre en todos los actos de la Asociación. De lo contrario, pediremos día y noche, sin descanso, un castigo para ustedes si ese monstruo pisara esta casa...

(*Dentro se oye un tremendo grito de LEONOR.*)

JOAQUINA.— ¡Antonio no pisará jamás esta casa! ¡Lo juro por mi difunto Ricardo!

(En la puerta aparece ANTONIO. Lleva en sus brazos a la tía LEONOR, desvanecida. A su lado está JULITA.)

AGAPITO.— ¡Don Antonio y la fulana!... *(Espanto general.)*

DAMAS.— ¡El monstruo! *(Se santiguan.)*

FABIÁN.— ¡Doy fe! ¡Doy fe!

DAMAS.— ¡Y la sinvergonzona!

JOAQUINA.— *(A punto de morirse.)* ¡Santo cielo! *(Recuperada.)* ¿Qué haces en esta casa?

ANTONIO.— ¡Somos libres como los pájaros otra vez! *(Deja a la tía LEONOR sobre un sofá.)*

JOAQUINA.— ¡Fuera de esta casa!

ANTONIO.— ¡Tía Joaquina!...

JOAQUINA.— ¡Yo no soy tu tía!

ANTONIO.— ¿Qué te ocurre? Soy Antonio. Tu sobrino Antonio. ¿No me conoces? Soy el hijo de Carlitos, soy Carlitos, que me llamo Antonio porque no os gustaba que me llamase Carlitos. ¡Soy aquel que tú llevabas al colegio y le dabas mermelada de ciruela cuando iba apretado! ¡Tífta! ¡Soy libre!

DAMA 3.— ¡Doña Joaquina, valor!

JOAQUINA.— *(Recuperadas las energías.)* No soy tu tía. Nunca lo he sido. Tuve un sobrino, pero ha muerto de muerte artificial. Usted es un hombre de la calle, del qué dirán. ¡A la calle! ¡Al qué dirán! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

ANTONIO.— Pero ¿qué ocurre? Parece que estáis de acuerdo con el guardián y con los demás. Seguro que estáis pensando que yo soy culpable.

TODOS.— *(Indignados.)* ¡Qué cinismo!

ANTONIO.— ¡Soy inocente! ¡Igual que ella! Somos inocentes como niños recién bautizados. Nuestras almas son blancas como las de las damas de la Asociación. ¡Hemos sido condenados en olor de inocencia, señoras! ¡Hemos sido víctimas de un malentendido, que ha estado a punto de costarnos muy caro! ¡Un craso error! Eso ha sido todo. Estamos dispuestos a probarlo. Estamos dispuestos a...

JOAQUINA.— (*Ante un gesto imperativo de las DAMAS.*) ¡Basta! ¡Fuera! ¡A la calle! ¡Esta casa no es Francia, pecador! ¡Concubina!

JULITA.— ¡Vámonos, Antonio!

ANTONIO.— No podemos. La gente nos tira piedras por la calle. En la fábrica han decidido no admitirme, a instancias de no sé quién. (*Sonrisa de las DAMAS.*) En las pensiones nos niegan la entrada porque la Asociación ha dictado una orden prohibiéndolo. ¡Tenemos que aclarar todo!

JOAQUINA.— (*Con conmiseración.*) ¡Hasta dónde se puede llegar! Dispuesto a probar la inocencia.

DAMA 3.— ¡Está dispuesto a probar hasta la cuadratura del círculo!

ANTONIO.— ¡Sí, señoras! ¡Y la ecuación! ¡Y los eclipsoides de revolución! ¡Todo, todo lo probaré!

JOAQUINA.— Aquí tú no pruebas nada. Tenemos bastantes pruebas...

ANTONIO.— Sin embargo, ya lo dijo el poeta: «Cuando un hombre...»

JOAQUINA.— ¡Idioteces! ¡A la calle!

JULITA.— Vamos...

ANTONIO.— Pero ¿dónde?

JULITA.— A casa de mi hermana, aunque sea.

ANTONIO.— ¡No, no y mil veces no! ¡En la casa de tu hermana viven siete en dos habitaciones! ¡No podemos ir a robarles el aire ni exponernos a coger el sarampión! Aquí hay mucho sitio. Esto era el palacio de los vicerreyes de Catlapotlicán. ¡Mis antepasados! ¡Tengo un derecho a ocupar una de estas amplias salas! ¡Por herencia, por decencia, por inocencia!

JOAQUINA.— (*Fuera de sí. Ha sacado un sable de la panoplia.*) ¡A la calle, a donde sea! Pero ¡fuera de aquí!

ANTONIO.— ¡Mis derechos!

JOAQUINA.— ¡No los tienes!

ANTONIO.— Pero...

JOAQUINA.— (*Amenazadora, dispuesta a todo.*) ¡Que te atravieso, Antoñito!

JULITA.— ¡Hazlo por mí! ¿Qué haría viuda?

ANTONIO.— Vamos.

(Salen perseguidos por el sable de la tía JOAQUINA, que recuerda la espada de Damocles. Cuando han salido ANTONIO y JULITA, todos rompen a aplaudir. JOAQUINA blande triunfante el sable.)

TODOS.— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Colossal!

FABIÁN.— ¡Vaya un carácter! ¡Doy fe!

JOAQUINA.— (*Dichosa.*) La Asociación y la buena fama de nuestra ciudad están salvadas. (*Zarandeando a su hermana, que sigue privada.*) ¡Estamos salvadas, Leonor!

DAMA 3.— Todavía no, amiga nuestra. Mientras ese hombre y esa mujerzuela vivan, sobre ustedes pesará su pecado. ¡Vivan vigilantes, amigas! El enemigo nunca descansa. Acecha. Pero tengan la seguridad de que la Asociación no las desampará. (*A una de las damas.*) Doña Manolita, corra a nuestra sede e informe de lo ocurrido. Diga que han ido a esconderse en la casa de una hermana de ella. Que monten guardia para que no se asomen a la calle. Y que si lo hacen hay que acabar con ellos como sea. (*A la otra DAMA.*) Y usted, doña Asunción, corra a la Alcaldía a presentar la queja reglamentaria. ¡En marcha!

DAMAS.— ¡Buenas tardes!

FABIÁN.— ¡Doy fe, doña Joaquina!

AGAPITO.— Con permiso... (*Todos salen.*)

JOAQUINA.— (*Encarándose con el cuadro del coronel, sable en alto.*) ¡Ricardo, todo se ha perdido, menos el honor!

LEONOR.— (*Que se acaba de incorporar.*) Joaquina, que a lo mejor Ricardo se ha enterado en el cielo de lo tuyo con aquel ambulante de Correos...

JOAQUINA.— ¡Imposible! ¡Ricardo era un sinvergüenza! Estará en el infierno. ¡Condenación para Ricardo! (*Entre confidencial y amenazadora.*) ¡Y como vuelvas a hacer referencia a mis pequeños errores históricos...!

(*Suenan unas campanadas.*)

LEONOR.— (*Temerosa.*) Se nos ha hecho tardísimo, Joaquina.

JOAQUINA.— Sí, Leonor.

LEONOR.— ¿Por qué no envainas el sable, Joaquina?

JOAQUINA.— Sí, Leonor. (*Lo hace. Se pone precipitadamente un sombrero negro con barboquejo.*) En seguida estoy lista. Vamos, Leonor; no te entretengas tú.

LEONOR.— (*Poniéndose otro sombrero.*) Ya estoy lista, Joaquina. ¡Pobre Antoñito! ¡Me da una pena!...

(La otra la mira, y ella, acobardada, baja la cabeza.)

JOAQUINA.— De prisa, Leonor. Vamos a llegar tarde al septenario.

LEONOR.— Corramos, Joaquina.

JOAQUINA.— Corramos, Leonor.

(Cada una coge un bastón que hay en un paragüero y salen corriendo. Oscuro.)

CUADRO SEGUNDO

En la humilde casa de la hermana de JULITA, donde viven siete en dos habitaciones.

(Decorado nada realista, como ninguno de la obra. Sin embargo, hay que dar una tremenda sensación de agobio, de estrechez. Desde el público se verán las dos pequeñas habitaciones y una cocina, en la que apenas cabrá un pequeño fogón, una pequeña pila y un pequeño barreño. Las dos habitaciones, pegadas, y cuyos límites deben estar simplemente sugeridos, se componen: la primera (en primer término), de una mesa, unas sillas, una cama turca y un sillón de mimbre. Todo viejísimo, harapiento, sin vida. Sobre la cama turca, un colchón agujereado. Un armario, con las puertas desvencijadas, y un reloj, cuyas manecillas están girando constantemente a gran velocidad. En la alcoba de dentro, más a foro, hay una cama camera y una cama turca. Todo lo más, y como lujo extraordinario, un pequeño taburete, desvencijado. Sobre la cama turca, dos colchones. La puerta de la calle está en el comedor.)

(En el momento de empezar la acción, en escena están los siguientes personajes: CONCHA, cincuenta y tres años, hermana de JULITA; su marido, ELÍAS, cincuenta y siete

años; los hijos del matrimonio: CONCHITA, PACO y ELÍAS, todos alrededor de los veintiocho años. Estos personajes están alrededor de la mesa. En un rincón, sentada en el sillón de mimbre, está la VIEJA, LUISA, madre de ELÍAS, que ha rebasado los noventa años y no tiene dientes. A su lado, LOLITA, una muchacha de aspecto más harapiento aún que los demás, le da de comer con una cuchara de palo.

Los tres hombres visten monos azules, llenos de grasa. Las mujeres, sin excepción, batas negras, casi pardas, llenas de remiendos. Los movimientos de los intérpretes deben dar la sensación de agobio que se apuntó más arriba.)

ELÍAS.— *(Bebiendo agua.)* ¿Qué hay de postre?

CONCHA.— El gajo de naranja que quedó ayer. *(Alcanza el gajo y se lo da a su marido. A los chicos.)* ¿Tenéis más hambre?

LOS TRES.— Sí.

CONCHA.— Elías..., tienen más hambre.

ELÍAS.— Lo mismo me pasaba a mí a su edad. *(Se levanta.)* Es bueno que los chicos tengan hambre. Señal de buena salud. Mi madre lo ha repetido muchas veces. ¿Verdad, mamá?

VIEJA.— *(Cantando:)*

A la sombra de una sombrilla

De encaje y seda...

ELÍAS.— Tienes razón, madre. Aquellos eran otros tiempos. Los pobres nunca teníamos un gajo de naranja, como ahora. *(Fijándose en lo que está comiendo su madre.)* ¿Concha! Mi madre está comiendo sopa.

CONCHA.— Sí, Elías, sí.

ELÍAS.— ¿No sabes que el médico le ha prohibido comer sopa?

CONCHA.— Sí; pero somos muy pobres, Elías.

ELÍAS.— ¿Y no sabes que se lo ha prohibido porque puede subirle más la tensión?

CONCHA.— Claro que lo sé, Elías.

ELÍAS.— Entonces, ¿por qué le das sopa?

CONCHA.— Porque somos muy pobres, hijo.

ELÍAS.— ¿Y eso qué tiene que ver?

CONCHA.— ¡Parece mentira que sepas leer y seas tan bruto! (*Explicándole con paciencia franciscana.*) Somos muy pobres. No podemos comer más que sopa. La sopa que se come tu madre la necesitamos para alimentarnos nosotros. Tu madre tiene mucha tensión. Tu madre siempre anda comiéndose nuestra escasa comida. Tu madre es una lata.

ELÍAS.— ¿Y qué tiene que ver eso para que le des sopa todos los días?

CONCHA.— (*Igual.*) Porque si le doy sopa todos los días, lo más seguro es que le suba del todo la tensión.

ELÍAS.— (*Rascándose la cabeza.*) Entonces... se morirá.

CONCHA.— (*Encantada de haberse hecho comprender por su marido.*) ¡Claro!

ELÍAS.— ¡Eres una víbora! Yo a tu madre la he respetado siempre. ¡Hasta después de muerta!

CONCHA.— Mi madre era una santa, Elías. Mi madre nunca se ha hecho caca en la cama.

ELÍAS.— Prohibo que deis sopa a mi madre. Yo soy el que manda aquí. Como vuelvas a darle sopa... (*Amenaza a LOLITA.*)

LOLITA.— Yo tengo que hacer lo que mandan todos. Soy la prima pobre de la familia. (*Para sí.*) ¡Ay, Señor, qué desgracia ser pobre!

ELÍAS.— (*Abrazándose a su madre.*) No te preocupes, mamá. Estás con tu hijo Elías. Nunca te separarás de nosotros. Aunque te suba la tensión del todo. Mi mujer está enfadada contigo porque eres sucia y te haces caca en la cama. Pero te quiere. Es de buen corazón. ¿Me prometes no volver a hacerte caca en la cama?

Vieja.— (*Cantando siempre con su voz de imbécil.*)

A la sombra de una sombrilla
de encaje y seda...

ELÍAS.— Ya lo has oído, Concha. Mi madre te promete ser más limpia.

CONCHA.— Me río... (*Ríe.*)

PACO.— ¡Ra, ra, ra! ¡El Racing ganará!

ELÍAS.— ¡Eh!

ELÍAS.— El Racing ganará cuando el Sporting no vuelva a jugar. ¡Ra, ra, ra!

PACO.— ¡Idiota!

ELÍAS.— ¡Idiota!

PACO.— ¿A que te sacudo?

ELÍAS.— ¿A que te hincho un ojo?

PACO.— ¿A que no?

ELÍAS.— ¿A que sí? *(Se empiezan a dar mamporros.)*

ELÍAS.— ¡Quietos, que vais a tirar la mesa!

CONCHA.— Hijitos, no seáis traviosos. *(Los separa.)* Como volváis a pegaros os castigaré sin postre.

PACO.— Tengo sueño, mamá.

CONCHA.— Pues a la camita.

ELÍAS.— Siempre tienen sueño. ¡Gandules! Cuando yo tenía vuestra edad nunca tenía sueño. La gente joven nunca puede tener sueño. Tiene que estar bien despierta para labrarse un porvenir. ¿Me oís?

ELÍAS.— Yo también tengo sueño...

ELÍAS.— ¿Cómo se puede tener sueño cuando se gana un jornal de dieciséis pesetas?

ELÍAS.— Tú ganas diecinueve y duermes.

ELÍAS.— Porque soy viejo. Y no os consiento que me repliquéis.

PACO.— ¡La injusticia, la opresión, el abuso, la ley del más fuerte!

ELÍAS.— ¡No podemos consentirlo!

PACO.— ¡No!

(Sacan un colchón del aparador, le tienden en el suelo y se echan a dormir.)

ELÍAS.— *(Indignado.)* Si yo tuviera un caballo no me hacíais esto, ¡granujas! ¿Por qué los hijos sólo respetan al padre que tiene un caballo?

(Da una patada en el trasero a uno de los chicos.)

CONCHA.— ¡No me toques a los niños, Elías, que bastante tengo encima con mi hermana en la cárcel por pendón! ¡Hala, hijitos, a dormir!

ELÍAS.— ¡Como me ponga en padre!...

LOS TRES.— ¡Mamá!...

CONCHA.— ¡Cállate! No te consiento que los toques. Ellos son mi único consuelo. ¡Si no fuera por ellos, sola toda la vida! Mis padres, muertos; mis hermanos, muertos; mis abuelos, muertos, y mi única hermana, en la cárcel por pellejo. ¿Te crees que esto es vida? ¡Hijos míos!... *(Los besa.)*

¡Mamá os quiere con locura; mamá os adora; mamá besa por donde vosotros pisáis! (*Se pone a besar el suelo.*)

ELÍAS.— Ésa no es manera de educar a los chicos, Concha. ¡Te prohíbo que beses por donde ellos pisan!

CONCHA.— ¡Tú no prohibes nada! ¡Ay, señor!, ¿qué habré hecho para que mi pobre hermana esté en la cárcel? (*Hipa.*)

CONCHITA.— A mí no me pasará como a la tía Julita. Yo me casaré con Anselmo antes de los cuarenta y siete años. Anselmo es muy hombre, madre. Sabe multiplicar a máquina, y dividir a máquina, y coser a máquina. ¿Verdad que me casaré?

CONCHA.— Te casarás con quien quieras. Aquí está tu madre, Conchita.

CONCHITA.— Y si no me caso con Anselmo antes de los cuarenta me tiro al río, madre.

CONCHA.— Te tiras donde quieras, vida mía, que para eso tienes una madre.

ELÍAS.— No se debe dar a los chicos todos los caprichos. Somos demasiado pobres para darles todo lo que pidan.

CONCHA.— ¡Son míos! Los he parido con dolor. Con mucho dolor. Puedo darles todo lo que esté en mi mano. Todo, menos comida...

CONCHITA.— Cuando yo tenga hijos les daré teta, madre.

CONCHA.— Lo que quieras, hija mía.

ELÍAS.— Mamá, ¿tú los oyes? No me quieren. Me desprecian porque no traigo comida a casa ni dinero. Pero no es culpa mía. Ahora me pagan menos en la fábrica, porque me han quitado todas las ayudas y todos los subsidios. ¿Sabes por qué, madre? Porque soy cuñado de la fulana del parque, de la Julita, la hermana de ésta. No es culpa mía, ¿verdad? Pues en la fábrica me han castigado por la familia. Y no hay apelación posible. ¡Maldito dinero, mamá! ¡Me cago en el dinero! La única que me quieres eres tú, ¿verdad? Di a tu Eliítas que le quieres, madre; lo necesito.

VIEJA.— (*Canturreando:*)

A la sombra de una sombrilla

De encaje y seda...

ELÍAS.— ¡Gracias, mamá, gracias! Si no fuera por ti... (*La besa.*) Ya es tarde, mamá. Hay que acostarse, para no perder las buenas costumbres. Pero antes, a rezar... (*La santigua.*) Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me la guardan. Lucas y Pedro, Juan y Mateo: Dios y la

Virgen están en medio. *(Vuelve a santiguarla.)* ¡Ajajá! Ahora, a la cama. *(La coge en brazos y la lleva a un colchón que habrá tendido sobre el suelo LOLITA en la alcoba de dentro. La echa y la besa.)* Buenas noches. *(La tapa con una manta cuartelera.)*

LOLITA.— ¿Puedo acostarme yo?

CONCHA.— ¡Claro, hija!

LOLITA.— Pues... buenas noches y que Dios os pague lo que estáis haciendo por mí.

(Se acuesta sobre el somier de la cama turca, junto a la VIEJA.)

CONCHA.— *(Mira a los chicos y los besa.)* ¡Angelitos míos! Vamos, hija, a dormir.

CONCHITA.— Soñaré...

CONCHA.— Lo que quieras. Mientras viva tu madre...

(Se han ido hacia la cama camera y se echan. Todos se han cubierto con trozos de mantas cuarteleras.)

ELÍAS.— *(Refunfuñando.)* ¡La familia! ¡Un regimiento de antropófagos! ¡Una piara de cerdos! ¡Eso es! ¡Eso es!

(Se echa en la cama de fuera. Llaman a la puerta.)

CONCHITA.— ¡Mamá! ¡Será Anselmo!

ELÍAS.— ¿Anselmo? ¿Qué busca a estas horas?

CONCHA.— Vendrá a darnos las buenas noches. Es muy educado. ¡Vamos, abre de una vez!

(ELÍAS va abrir, rezongando.)

ELÍAS.— *(Al ver a JULITA.)* ¡Anda, ésta!

JULITA.— *(Muy bajo.)* ¡Hola, Elías!

CONCHA.— *(Apurando a su hija.)* Vamos, hija, atúsate un poquito, que te vea bien guapa. *(Más alto.)* Pase, Anselmo. En seguida sale la niña para que

le dé las buenas noches. (*Sale muy pizpireta. Al ver a su hermana se encara con su marido.*) ¿No decías que era Anselmo?

ELÍAS.— No he podido decir que era Anselmo porque no era Anselmo.

CONCHA.— (*A su hermana.*) Ya que vienes tarde, no te entretengas. Pasa y acuéstate.

JULITA.— Es que... vengo con él.

CONCHA.— ¿No te da vergüenza? ¡Con él! ¡Por si fuera poco el bochorno!
¡Meternos un hombre en casa!...

JULITA.— ¡Estamos casados!

CONCHA.— ¿Y la reputación? ¿Y el honor? ¿Y el qué dirán?

JULITA.— Es mi marido.

ELÍAS.— Eso es lo de menos.

JULITA.— Somos inocentes.

CONCHA.— ¿Inocentes de qué? Lo han contado todo los periódicos. No tienes excusa. ¡Hace siete meses esperándote! Nos dejaste con la cena en la mesa. Y no somos tan ricos como para tirar una cena...

JULITA.— Sin embargo...

ELÍAS.— ¡Basta de argumentos! ¡Pasa o vete!

JULITA.— No tenemos dónde ir.

CONCHA.— ¿Piensas quedarte aquí?

JULITA.— Eso había pensado.

CONCHA.— No puede ser. Nos exponemos a un disgusto en la ciudad.

JULITA.— Como sois tan pobres, no tenéis mucho que perder...

CONCHA.— Eso es verdad. Y, además, eres mi hermana... Pasa y acuéstate.
Ya veremos cómo se arregla...

JULITA.— (*Hablando hacia dentro.*) ¿Ves cómo mi familia nos admite? ¡Anda, pasa, no vayas a coger una bronquitis!

(*Entra ANTONIO con la cabeza vendada. Una capelina de Hipócrates.*)

ELÍAS.— ¡Si es don Antonio, el contable de la fábrica!

CONCHA.— El marido de mi hermana. ¿No recuerdas? Nos le presentó cuando nos íbamos a casar...

ELÍAS.— ¡Cuánto ha cambiado usted, don Antonio! ¿Cómo están sus señoras tías? Siempre tan buenas, tan caritativas, tan santas... ¡Cómo pasa el

tiempo! Tiene usted toda la cabeza blanca. ¡La nieve del tiempo en las sienes y en lo alto!

JULITA.— No, Elías. Ha sido una pedrada que le han dado los monaguillos de Santa Úrsula cuando han descubierto unas señoras que éramos nosotros los del parque. Las señoras han achuchado a los monaguillos y le han abierto la cabeza. Gracias a que el sacristán le ha vendado. ¿Te duele, cariño?

ANTONIO.— Casi nada.

CONCHA.— ¿Quiere usted media aspirina? Tenemos media aspirina, que me encontré el otro día en el mercado. ¿Se la preparo?

ANTONIO.— No se molesten. Si casi no me duele. Lo que más me duele es la venda.

ELÍAS.— ¡Hay que ver cómo pasa el tiempo! ¡Toda la cabeza blanca!

CONCHA.— ¿No estás oyendo que es una venda, Elías?

ELÍAS.— De todas formas ¡cómo pasa el tiempo! Porque el tiempo pasa por las canas y por las vendas. El tiempo no se detiene, y cuando se detiene, todo ha terminado. Mira, cuando se detenga ese reloj no pasará el tiempo. Mientras tanto...

CONCHA.— ¡Calla, grosero! Está mal hablar de esas cosas delante de las visitas. (*Transición. Después de una pausa.*) ¡Vaya, vaya!... ¿De manera que usted es el monstruo del parque, el que engañó a mi hermana?...

ANTONIO.— Pues...

CONCHA.— ¡Quién lo hubiera dicho, tan mayor, tan caballero, con la cabeza completamente blanca!... ¡Cómo pasa el tiempo! (*Largo silencio.*)

JULITA.— Y vosotros, ¿qué tal?

ELÍAS.— Regular.

CONCHA.— A éste le han quitado todos los pluses por lo vuestro. Y las damas ya no nos dan la bolsita mensual de peladillas. Ni jabón para lavarnos. Sólo nos siguen mandando el fosfato cálcico y los buenos consejos mensuales.

JULITA.— Mujer, dentro de todo...

CONCHA.— Sí; gracias a Dios, no nos podemos quejar.

ELÍAS.— ¿Por qué no habla usted con sus tías para que nos traten como antes? Ellas son muy influyentes.

ANTONIO.— Todo se andará.

ELÍAS.— No lo eche en saco roto.

JULITA.— ¿Se casó la nena?

CONCHA.— En cuanto asciendan a Anselmo.

ANTONIO.— (*Muerto de risa.*) ¡En cuanto asciendan a Anselmo, Julita! (*Ríe.*)
En cuanto le asciendan... (*Vuelve a reír a carcajadas estentóreas.*) En
cuanto... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ay mi cabeza!

JULITA.— (*Cambiando de conversación.*) ¿Murió tu madre, Elías?

ELÍAS.— No.

CONCHA.— No, no ha muerto.

(Seriedad general. Como si la contestación hubiera sido lo contrario.)

JULITA.— ¡No sabéis cuánto lo siento!

ANTONIO.— Igualmente. (*Da la mano al matrimonio.*)

ELÍAS.— Gracias, don Antonio.

CONCHA.— Muchas gracias.

(CONCHITA sigue desde la separación de las dos habitaciones esta escena. ANTONIO se acerca a ella y también le da la mano.)

JULITA.— Dale un beso, Conchita. Es tu tío.

CONCHA.— ¡Ni hablar! Con sus antecedentes...

JULITA.— ¡Qué guapa estás y qué buen color tienes!

CONCHA.— Es la que más sale. Se disfraza de anciana para pasear con su novio y no despertar sospechas entre la gente.

CONCHITA.— (*Ruborosa.*) Así puedo ir de su brazo sin que hablen por ahí. Me toman por su madre. Y a veces hasta me ayudan a cruzar la calle.

JULITA.— ¡Qué buena es la gente! (*Al marido.*) ¿Te duele la cabeza?

ANTONIO.— Casi nada.

ELÍAS.— Bueno, y ahora..., con el permiso... Nosotros tenemos que ir a la fábrica. Madrugar es muy sano. Así que váyanse y ya charlaremos mañana.

CONCHA.— ¿Qué dices? Es mi hermana. No puedo dejarla en la calle. Por muy pendón que sea. Mi hermana se queda aquí. Igual que tu madre.

ELÍAS.— Mi madre es viuda.

CONCHA.— También llegará ella a serlo cuando tenga noventa años.

ELÍAS.— ¡Está bien, está bien!

CONCHA.— Tú dormirás con Lolita, y tu marido, con Elías. (*A ANTONIO.*) Aquí no hay problemas, aunque estén casados. Usted, al cuarto de los hombres, y ella, al de las mujeres. Somos muy decentes en esta casa.

ELÍAS.— Y no es fría, no crea. En invierno se nota un calorcito... Es que como está tan cerca la cocina...

ANTONIO.— En la cárcel se nota mucho el frío. (*Se estremece.*) Se queda pegado en los riñones para siempre.

ELÍAS.— ¿Frío en los riñones? Concha, dale a don Antonio unas friegas de aguarrás.

CONCHA.— (*Cogiendo el frasco.*) Échese aquí.

ANTONIO.— No se molesten. Si...

ELÍAS.— Échese. Con entera confianza. Somos pobres, pero tenemos mucho corazón.

(Se tumba, y CONCHA le destapa los riñones y le da una friega.)

CONCHA.— (*Mientras frota.*) Verá qué calorcito más rico. (*A CONCHITA.*) No mires los riñones a don Antonio. ¡A la cama, niña!

ELÍAS.— Somos muy mirados. (*La chica se ha ido a la cama.*) A pesar de ser familia de ustedes, no nos hemos dado un beso desde que Paquito tiene uso de razón. Los chicos lo ven todo.

CONCHA.— ¿Qué tal?

ANTONIO.— Muy bien. Un calor muy agradable. (*Metiéndose la camisa.*) Anda, Julita, que te den a ti otra friega. (*Llaman a la puerta.*)

CONCHA.— Será el novio de la chica. Viene a darnos las buenas noches todos los días.

JULITA.— ¡Qué fino!

(Llaman otra vez precipitadamente.)

CONCHA.— ¿Eres tú, Anselmo? (*Nadie contesta.*) ¿Por qué no llamas como siempre, con «media copita de ojén»? (*Al otro lado llaman con «media copita de ojén». Más tranquila.*) Sí, es él. (*Abre.*) ¡Pasa, Anselmo, pasa!

(Entra un mendigo con barba de varios días y aspecto de no haber comido en mucho tiempo. Viste con harapos. Lleva el terror pintado en la cara.) ¡Es tu novio, niña! (CONCHITA sale corriendo y se echa en los brazos del mendigo.)

CONCHITA.— ¡Cuánto has tardado, Anselmo! ¿Por qué no te has afeitado?

CONCHA.— Presenta a tus tíos, niña.

JULITA.— Es Anselmo, mi novio.

JULITA.— Pero ¡si es don Teófanés!

ANTONIO.— ¡Don Teófanés! ¡Qué alegría!

ELÍAS.— ¿Es usted Anselmo o don Teófanés?

TEÓFANES.— Soy don Teófanés.

ELÍAS.— (*Furioso.*) ¿Por qué has abrazado a don Teófanés?

CONCHITA.— Mamá me ha dicho que era Anselmo.

ELÍAS.— ¿No tienes ojos en la cara?

CONCHITA.— Sí, dos.

ELÍAS.— No has querido verlo. (*Le da un tortazo.*) ¡Sinvergüenza! Con tal de abrazar... ¡No me repliques!

CONCHITA.— Como había llamado con «media copita de ojén»...

ELÍAS.— ¡Calla! ¡Si se enterasen de esto las damas, me echaban, me dejaban cesante! ¡Mi hija abrazando a don Teófanés!...

TEÓFANES.— Es natural que me haya confundido la niña. Hay muy poca luz aquí...

ELÍAS.— ¡No consiento...!

CONCHA.— Repórtate. Es don Teófanés...

ELÍAS.— ¡Aprovecharse de que no hay luz para abrazar a mi hija!

TEÓFANES.— ¡Caballero!

ELÍAS.— ¡Narices!

CONCHA.— Este señor no nos ha ofendido.

ELÍAS.— ¿Y ese abrazo?

CONCHA.— Hay muy poca luz. Siempre te estoy diciendo que tenemos que comprar una bombilla de quince vatios. Pero te empeñas en que nos arreglemos con una de dos...

JULITA.— Don Teófanés es el director de la cárcel. Él nos arregló lo de la boda y nos concedió una luna de miel de veinticuatro horas y nos regaló un puro a cada uno.

ELÍAS.— Don Teófanos... Usted perdone, caballero. Hay tanto desaprensivo por ahí que uno no sabe a qué carta quedarse. Perdone que no le hayamos conocido. ¡Hay tan poca luz aquí!... ¡Concha, con esta luz no se ven tres en un burro!

TEÓFANES.— Por mí no discutan. Ya hablaremos mañana. Lo mejor es acostarse. ¿Cuál es mi cama?

CONCHA.— No hay cama para usted.

TEÓFANES.— ¿Y dónde voy a estas horas?

JULITA.— Quédese. Ya le haremos un sitio. No podemos echarle. Se ha portado muy bien. Por nosotros le han echado del Cuerpo.

ELÍAS.— No va a poder quedarse. Vivíamos siete... Ahora han llegado éstos... Somos nueve.

CONCHITA.— ¿Y cuando me case y se venga Anselmo?...

TEÓFANES.— Seremos once.

CONCHA.— Tengamos corazón. Acojamos en nuestro seno a los que sufren, Elías. Seamos a imagen y semejanza de las Damas de la Asociación, que ayudan al desvalido.

ELÍAS.— Nos han retirado la subvención.

CONCHA.— Es natural. Tenemos a ésta en la familia. En nuestro castigo. Nuestra cruz. Aceptémosla con la sonrisa en los labios, como las damas aceptan los cilicios.

TEÓFANES.— Muchas gracias, señora. Ustedes... no serán de los que se dejan comida de un día para otro...

CONCHA.— No, señor. Somos muy ordenados.

TEÓFANES.— (*Fastidiado.*) Claro...

CONCHA.— ¡Verá qué buen dormir tiene mi Elías! Yo siempre lo digo: con buena voluntad...

TEÓFANES.— Claro que sí. Tener buena voluntad. Amarse los unos a los otros. Dormir bajo techo. ¡Dormir! ¡Benditos sean ustedes! (*Besa a todos.*) Ya nadie me perseguirá a tiros por colaborar con el demonio. Tendré un rinconcito donde poder vivir entre ustedes. Mi mujer no podrá perseguirme a tiros. ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

ELÍAS.— ¡Hala, a dormir! (*Está conmovido.*)

CONCHA.— ¡Cómo habla!

JULITA.— ¡Es admirable! Se gana a todo el mundo. Todo el mundo le quiere por su bondad.

TEÓFANES.— *(Que ha ido a la cama y ha orado brevemente. Metiéndose en la cama.)* ¡Qué buena es la gente! *(A ELÍAS.)* ¡Venga, venga! Se está muy calentito.

ELÍAS.— Ya voy. Hasta mañana. *(Se acuesta también.)*

CONCHA.— Vamos, niña, que los tíos tendrán que darse las buenas noches...

CONCHITA.— Madre... ¡Qué bonito es casarse y vivir juntos! Tener un hijo..., dos..., tres..., quinientos...

(La madre va asintiendo a cada número. Las dos han llegado a la cama.)

CONCHA.— *(Echándose.)* Si se pudieran alimentar toda la vida con teta... Si no tuvieran que ir a la fábrica... Si no pidieran duros para comprar matasuegras... *(Se acuestan las dos.)*

JULITA.— Hasta mañana...

ANTONIO.— Hasta mañana.

JULITA.— ¿Te... duele mucho la brecha?

ANTONIO.— Un poquito. ¿Y a ti?

JULITA.— Otro poquito.

ANTONIO.— ¡Tener un hogar! ¡Lo has conseguido!

JULITA.— Todo llega.

ANTONIO.— Y algún día conseguiré trabajo.

JULITA.— O escribirás una novela.

ANTONIO.— ¡Somos libres!

JULITA.— Gracias a él. Se lo debemos todo.

(Se acercan el uno al otro. Están a punto de darse un beso.)

ANTONIO.— Nuestra felicidad.

JULITA.— Nuestro hogar...

ANTONIO.— Nuestro bienestar... *(Besa a su mujer en la mejilla.)*

JULITA.— Y nuestro hijo...

ANTONIO.— *(Radiante.)* ¡Júrame que algún día tendremos un hijo!

JULITA.— ¡Te lo juro!

ANTONIO.— ¿Cuándo?

JULITA.— ¡Será tan guapo como tú! (*Apaga la luz.*)

ANTONIO.— Yo soy muy feo. ¡Será guapo como el aire puro!

JULITA.— Buenas noches, amor mío...

ANTONIO.— Buenas noches, amor mío...

(Se acuestan.)

VIEJA.— (*Más alto que antes:*)

A la sombra de una sombrilla

De encaje y seda...

ELÍAS.— (*Adormilado.*) ¡Concha! Luego dirás que mi madre es sucia. ¡Es la segunda vez que pide que la pongas en el orinal!

(La silueta de CONCHA se recorta en la azulada oscuridad de la alcoba. Coge, gruñendo, un orinal y se dirige a la cama de la VIEJA. Alza la manta, mira a la VIEJA.)

CONCHA.— ¡Me río yo de las promesas de tu madre!

(Rápidamente cae el telón.)

SEGUNDA PARTE

CUADRO PRIMERO

Han pasado unos meses. En la miserable casa de la familia numerosa todo sigue igual.

(ELÍAS hace números apoyado en la mesa; los dos chicos dormitan, recostados contra la pared; la VIEJA permanece inmóvil, como siempre, sentada en su sillón; LOLITA, CONCHA y CONCHITA, en la alcoba de dentro, cosen furiosamente; ANTONIO y JULITA, sentados en el centro de la escena, contemplan con infinito cansancio el infinito; DON TEÓFANES, sentado en un rincón, parece un simple espectador, ajeno a todo lo que allí ocurre. Por la escena cuelgan múltiples pieles puestas a secar.)

ELÍAS.— Ochenta y tres, noventa y cuatro, una sesenta y cinco, treinta y seis veinte, ocho quince, ocho quince, ocho quince, ocho quince, ocho quince, veintiuna ochenta y cinco... *(Tira con rabia el lapicero.)* ¡Imposible! ¡Completamente imposible! ¡Aunque recurramos a lo que hemos recurrido! No se puede vivir desde que las Damas han ordenado bajarme el sueldo a la cuarta parte. *(Gritando.)* ¡Concha! ¡En esta casa se gasta demasiado! ¿Por qué se gasta demasiado, Concha?

CONCHA.— *(Dulcemente, sin dejar de coser.)* La vida está muy cara, Elías.

ELÍAS.— Pero ¡los franceses veranean aquí!

CONCHA.— ¿Por qué, Elías?

ELÍAS.— Porque dicen que está todo muy barato. Pero ¡aquí no se puede vivir! ¿Por qué está todo tan caro? ¿Por qué está todo tan barato?

CONCHA.— ¡Los franceses! ¡Pregúntaselo a ellos! ¡Deben estar en el secreto!

(Largo silencio. ELÍAS vuelve parsimoniosamente a sus cuentas, mientras CONCHA reanuda su costura, después de suspirar con ignorancia.)

JULITA.— *(Con desánimo.)* ¿Cuánto falta, Antonio?

ANTONIO.— Tres meses y cinco días, menos tres horas...

JULITA.— Habrá que avisar a la comadrona, Antonio.

ANTONIO.— No podemos. No podemos asomar las narices a la calle. Las Damas han montado guardia abajo y nos esperan. Si saliéramos nos cazarían como a gazapos. Tendrás que parir sola, Julita.

JULITA.— No voy a saber...

ANTONIO.— ¡Pues aprendes, puñeta! Si otras lo han hecho solas, no sé por qué tú...

JULITA.— Bueno, Antonio, aprenderé, pero no te enfades... debemos estar alegres. Vamos a tener un hijo como tú...

ANTONIO.— *(Con fastidio.)* Puede que sea hembra, como mi tía Joaquina, como todas ellas...

JULITA.— Verás cómo no. Será hombre. Él las convencerá para que nos perdonen y nos dejen en paz. Y distinto de los demás. Será más alto que tú y más valiente que tú. Un hijo es un milagro que hace milagros. Él les hará comprender que un hijo...

ANTONIO.— Nada las convencerá de nada. Son como son.

JULITA.— ¿Cómo son, Antonio?

ANTONIO.— Negras como el carbón, como las cucarachas.

JULITA.— *(Llevándose las manos al vientre.)* ¡Calla! ¡Se ha movido! Hasta él llegará lo asquerosas que son las cucarachas.

ANTONIO.— Tendrá que acostumbrarse a ellas. *(Repite monocorde:)* Cucarachas, cucarachas, cucarachas...

JULITA.— No seas cruel con nuestro hijo. ¡Calla!

ANTONIO.— Sería cruel si le engañara. Si le dijera que aquí están esperándole unas Damas muy buenas con los brazos abiertos. Hay que ir preparándole, para que cuando tropiece con todo esto no se sienta defraudado al

encontrar el odio, la venganza, la hipocresía, la envidia, la ambición, las viejas...

JULITA.— (*Pensativa.*) Las viejas... (*Como un lamento.*) ¡Qué plaga! ¡Qué desgracia! (*Largo silencio.*)

CONCHITA.— (*A su madre.*) ¡Ay, madre, qué desgracia tan bonita!

CONCHA.— ¡Sí que lo es, hija de mi alma!

CONCHITA.— ¡Tendrá los ojos de cielo y las manos como rosas!

JULITA.— (*Por su cuenta a ANTONIO.*) ¡Tendrá el culito de seda y la babita de almíbar!

ANTONIO.— ¡Ellas le pondrán el culo de lija y la baba de acíbar!

CONCHITA.— (*Mostrando un pañal a su madre.*) ¡Mira qué requetebonito está quedando, madre! ¡Va a ser precioso!

CONCHA.— Parecerá el rey. Parecerá el sol. Parecerá la gloria. ¡Ay, hija mía, qué desgracia tan bonita! (*Le da un beso a su hija.*)

ELÍAS.— (*Arrojando definitivamente el lapicero.*) ¡Ni sumando, ni restando, ni multiplicando, ni dividiendo! ¡No hay solución! La solución sería montar un negocio... ¡Un banco! Crear sucursales en todo el país y esperar que los clientes llegasen como moscas. Entonces todo cambiaría para nosotros. Los chicos cobrarían un sueldo decente, la niña sería mi secretaria y mi madre y tú llevaríais la contabilidad.

LOLITA.— ¿Y yo, tío?

ELÍAS.— ¡Fregarías el suelo!

LOLITA.— ¡Ay, qué desgracia ser pobre! ¡Ni aspiraciones se pueden tener!

ELÍAS.— Es un negocio seguro. Un negocio que no puede fallar. Lo malo es que no tenemos capital para empezarlo.

CONCHA.— ¿Por qué no pides un crédito a un banco, Elías?

ELÍAS.— No me lo darían. No les interesa la competencia. Podría hundirlos.

CONCHA.— Entonces tendrás que pensar en otra cosa. Con tu ridículo sueldo no podremos vivir.

ELÍAS.— No hay otra cosa, Concha. ¡Un banco o nada!

CONCHA.— (*Muy triste.*) Estamos condenados a morirnos de hambre. Dicen que en la India también se mueren de hambre.

ELÍAS.— ¡Y nosotros! ¡Todo por tu hermana! ¡Te empeñaste en meterla en casa y la metiste! ¡Siempre te sales con la tuya! ¡Has conseguido que vivamos en esta casa un regimiento con la cuarta parte de mi sueldo! ¡Un regimiento a mi costa! Pero ¡yo no soy un general! La obligación

de un general es dar de comer a su regimiento... De acuerdo. Pero ¿y yo? Yo no soy un general, Concha. Yo soy de otra forma. Y, además, estoy cansado. Llevo trabajando desde que el mundo es mundo, y encima, cuando llego a casa cada noche, me tengo que aventurar por esos tejados de Dios para buscar comida. Pero eso se acabó. ¿Te enteras? Desde hoy, por riguroso turno. Trabajaremos todos. Y cada noche saldrá uno de los hombres. Aunque estemos cercados por ellas, siempre nos queda el tejado. Desde hoy, por riguroso turno. Empezaremos por el más viejo. Esta noche le toca a usted, don Teófanos. ¡Usted tendrá que salir a buscar gatos para la cena! (*Ante un gesto de DON TEÓFANES.*) ¡No me replique! Si soy general para mantener un regimiento, también lo debo ser para mandar.

TEÓFANES.— Lo considero muy razonable; pero... no tengo práctica. Nunca he cazado un gato.

ELÍAS.— ¡Inconvenientes de vivir cómodamente, don Teófanos! ¡Aprenda usted!

TEÓFANES.— ¡Me arañarán!

ELÍAS.— Si sabe trincarlos bien por el pescuezo, no.

CONCHA.— ¡Y las patas! También es importante.

TEÓFANES.— Sí, señora... Si no hay más remedio...

ELÍAS.— ¡No le hay! Todos tenemos que colaborar. La vida es así...

TEÓFANES.— No, si no me opongo a la coexistencia. Es hermosa. Hermandad de los hombres. Amor de los unos por los otros... ¡Para mí eso es lo primero! ¡La principal obligación de un ciudadano! Estoy dispuesto a salir ahora mismo. ¡Déme el garrote! (*ELÍAS le alcanza un garrote.*) ¿Con cuántos se arreglará para la cena?

CONCHA.— Con dos. Si son pequeños, tres. Los pondré en escabeche, Elías, que el vinagre es barato.

TEÓFANES.— Aúpeme, don Elías.

ELÍAS.— (*Mientras hace esfuerzos por ayudar al otro para que salga.*) ¡Cuidado con las tejas de la derecha! Están medio cascadas. Vaya por detrás de las chimeneas altas. Y luego hacia la izquierda. Hay un buen vivero. ¡Cuidado! ¡Cuidado!... (*DON TEÓFANES consigue izarse al ventanuco y trabajosamente desaparece. ELÍAS se vuelve hacia los chicos, rezonando:*) Vosotros teníais que aprender de ese viejo reumático. ¡Ahí le tenéis, con el garrote a buscar la cena! ¡Eso es un hombre!...

CONCHA.— ¡Basta ya, Elías! Disfrutas mortificando a estas criaturas. Todo lo que hacen está mal hecho. Si no fuera por mí te los habrías comido para que no te fastidiasen. Te gustaría estar soltero para irte por ahí con unas y con otras, para beber vino de Rioja y bailar por la noche hasta las tantas. ¡Me odias porque me casé contigo! ¡Sí, no lo niegues! ¡Dilo de una vez! ¡Pégame, si quieres, pero deja en paz a los nenes! ¡Bastante tengo!

ELÍAS.— ¡Y los demás!

CONCHA.— ¡Sólo me importan ellos!

ELÍAS.— A los demás que nos parta un rayo, ¿eh?

CONCHA.— ¡Dos!

ELÍAS.— (*Enfurecido.*) ¿Dos?

CONCHA.— ¡Tres!

CONCHITA.— Madre, no discutáis, que me mareo.

CONCHA.— Cállate y no disgustes a Conchita...

ELÍAS.— ¡Me tendrás que escuchar, aunque se disguste la luna! ¡Soy el padre!

CONCHA.— (*Riendo.*) ¿Qué padre eres tú? Por tu culpa los niños no pueden comer churros; por tu culpa no tenemos honor; por tu culpa hay hambre y sed de justicia...

CONCHITA.— ¡Calla, madre, que me dan bascas!

ELÍAS.— ¡Mocosa! La hija de un pobre no puede sentir bascas.

CONCHA.— ¡Tú qué sabes lo que puede sentir este ángel!

ELÍAS.— ¡Yo lo sé todo! Leí una enciclopedia en la escuela. No creas que porque me ves así soy un ignorante.

CONCHITA.— ¡Ay, madre, cómo me duelen los riñones!

CONCHA.— Al principio siempre duelen un poco.

ELÍAS.— Y leo el periódico; y una vez leí un libro traducido del inglés. ¡No creas que soy un analfabeto!

CONCHA.— ¡Y a mí qué me importa! Lo que tienes que hacer es no disgustarla. Como se malogre el niño...

CONCHITA.— Madre, a mí no me pasará como a la tía Julita. No me casaré a los cuarenta y siete años; no me meterán en la cárcel por dar un beso a mi novio a los cuarenta y siete años; no pariré un hijo a los cuarenta y ocho años.

CONCHA.— ¡Claro que sí, sol mío!

ELÍAS.— ¿Qué tonterías son éstas?

CONCHITA.— ¡Que estoy preñada, padre!

(ELÍAS queda un momento silencioso. Luego, hundido aún por la noticia, se encara con su mujer y la espeta:)

ELÍAS.— Ahí lo tienes. Mira lo que ocurre cuando se besa por donde ellos pisan.

CONCHA.— ¿Qué quieres? Que sea una pobre imbécil, que se pase toda la vida aquí encerrada, que no vaya al cine ni a ninguna parte...

ELÍAS.— ¡Una cosa es ir al cine y otra traernos un hijo, Concha! *(A su hija.)* Ese es el pago que le das a tu padre. Sabes que no podemos comer y encima nos traes una boca más. ¿Y ellas? Ahora nos perseguirán por partida doble. ¡No nos dejarán vivir hasta que consigan hacernos reventar!

CONCHA.— ¡No tienen por qué enterarse!

ELÍAS.— ¡No me repliques! ¡Cómo no van a enterarse! Cuando le engorde la panza nos tendremos que quedar en casa. Y cuando vean que por primera en treinta años nos vamos a leer el periódico el domingo a la plaza, mientras toca la música, lo descubrirán todo... ¡Desgraciada! ¿Qué haremos ahora los domingos?

CHICOS.— *(Después de mirarse:)*

¡Alabí! ¡Alabá!

¡Alabín, bon, ba!

¡El fútbol!

¡El fútbol!

¡Y nada más!

ELÍAS.— ¡Cretinos! ¡Qué fútbol ni qué leches! ¿No habéis oído que vuestra hermana está preñada, que estamos deshonorados, que nos condenarán las Damas? Nos perseguirán... Harán con nosotros lo mismo que hicieron con la sobrina del boticario, con toda la familia del boticario. Nos echarán un candado en nuestras vergüenzas, nos pondrán un enorme cartel en la tripa y nos colgarán de la torre alta del Ayuntamiento para que sirvamos de ejemplo... ¡Quemarán nuestra casa con gasolina y con incienso! ¡Estarás contenta!... *(A su madre.)* ¡Madre, soy un cero en el infinito! ¡Nadie me respeta! ¿Por qué no me peinas con raya y me llevas de paseo? ¿Por qué no me castigas cuando no hago los deberes? ¿Por qué no me pegas cuando me ves fumando?

CONCHA.— Un hombre no tiene que lamentarse en las faldas de mamá, Elías. ¡Tu obligación es arreglarlo! Pero nunca has servido para nada. ¿Cuándo has partido una barra de hierro con los dientes? ¿Cuándo has volcado un tranvía? ¡Nunca!

ELÍAS.— He sido muy honrado siempre. Mi casa y mi trabajo, mi boina y mi bicicleta... Nunca he dado un mal ejemplo. ¡Eso, tú! ¡A ti te toca arreglarlo!

CONCHA.— ¡Lo arreglaré!

ELÍAS.— ¿Cómo?

CONCHA.— (*Queda un momento pensativa.*) Es difícil... Pero... ¡Claro, facilísimo!... Si todo fuera tan sencillo... (*Se encara con su hermana.*) A ti no puede importarte, Julita. Ya te da igual ocho que ochenta. Cuando tengas un hijo lo comprenderás. Se hace por ellos todo. Usted también me perdonará, don Antonio, pero no tengo más remedio. Tendremos que decir a las Damas que usted es el padre. (*Sorpresa general.*) A nadie le extrañará. Como usted es como es... En fin, ya me entiende... (*A su hija.*) Dirás a las Damas que te forzó una noche mientras nosotros dormíamos, que te tapó la boca y que te decía que con el tío Antonio no tenía nada de particular. ¡Apréndetelo bien, sol mío! Si lo cuentas así a todo el mundo, ya verás no te pasa nada. Las diremos que es usted un monstruo, don Antonio. Total, por eso no van a cambiar las cosas, y, sin embargo, nosotros nos veremos libres de ellas... Es una buena solución, ¿verdad, Julita? (*JULITA no responde.*)

ANTONIO.— Sí, es una solución.

ELÍAS.— ¡Es estupenda! ¡La única solución! Nos quedaremos libres. ¡Se los llevarán y harán con ellos lo que no queremos que hagan con nosotros!

CONCHA.— ¿Qué quieres decir ahora?

ELÍAS.— No; ahora has estado muy razonable, Concha, muy razonable. No debemos perder el tiempo.

CONCHA.— No. Lolita, ve a la Asociación y avisa a las Damas para que vengan. Dilas que es algo muy importante. Que las entregaremos a los que persiguen. Que vengan corriendo, antes que sea tarde. ¡Vamos, no te entretengas! (*LOLITA sale. A JULITA.*) Con esto os hago un favor. Os matarán antes y no tendréis que sufrir, ni que pasar hambre, ni que comer todos los días gato en escabeche.

JULITA.— (*Serenamente.*) También yo quiero llegar a ser madre, Concha.

CONCHA.— ¿Para qué? Dan mucho disgustos... Y a lo mejor un día también te vendría embarazada... ¿Qué ibas a hacer, eh?

JULITA.— ¡Ayudarla! No hacer más daño. Procurar que la calma nos rodease.

CONCHA.— ¡No hay calma!

JULITA.— ¡Eres una serpiente, un lagarto, un león!

CONCHA.— ¡Soy madre!

JULITA.— ¿Las madres son así?

CONCHA.— Tienen que serlo. Pero no es culpa de ellas.

JULITA.— ¿De quién es, entonces?

CONCHA.— De las viejas...

JULITA.— ¿Por qué no lo pagáis con las viejas?

CONCHA.— ¡Son de hierro!

JULITA.— ¡Págalo con tu hija!...

CONCHA.— ¡Qué culpa tiene! Es una mujer y no tiene un hombre; es una niña y no tiene un niño; es un ángel y tiene que estar encerrada en casa... No hay diversiones para ella.

JULITA.— Puede dar paseos por el campo.

CONCHITA.— Eso es lo que hago, tía.

ELÍAS.— ¡Calla, mocosa!

JULITA.— No tenéis ningún derecho a hacerlo.

ELÍAS.— ¿Le tenías tú para meterte en casa?

CONCHA.— ¡Contesta, Julita! ¿Por qué viniste? ¿Por qué nos trajiste el hambre y la saña de las viejas?

JULITA.— ¡En algún sitio tenía que meterme!

CONCHA.— ¡En la boca del lobo!

JULITA.— ¡Ahí me he metido! Pero no tenéis ningún derecho a hacerlo. Vuestra conciencia os gritará si consentís que...

ELÍAS.— La conciencia se duerme alimentándola bien.

JULITA.— ¡No me puedes hacer eso, hermana!

CONCHA.— No me llames hermana. Te va a dar igual.

JULITA.— (A ANTONIO.) ¿Lo estás oyendo, Antonio? ¿No piensas hacer nada? (ANTONIO *niega*.) Tienes que hacerlo. No es por nosotros. ¡Es por nuestro hijo!

ANTONIO.— Es inútil. Nadie nos haría caso.

JULITA.— ¡Hay que luchar!

ANTONIO.— ¡Luchar!... (Gesto de decepción.) ¿De qué sirve luchar? He publicado un artículo cuando era joven. He pensado incluso escribir una

novela..., pero no podría acabarla. A mi pescador, que tenía una escopeta, se lo comerían los tiburones, porque iba montado en una ballena, pero hacía agua y se hundió y quedó flotando panza arriba...

ELÍAS.— *(Boquiabierto.)* ¿Y la escopeta?

ANTONIO.— *(Soñador.)* Se clavó en el corazón de una nube...

ELÍAS.— ¡Eso es mentira! Como ponga usted eso en la novela, las damas no le perdonarán nunca... Le condenarán a muerte.

JULITA.— *(Con rabia.)* Escribe lo que quieras, Antonio. Ya estamos condenados. Haz daño, por lo menos. Que les duela.

(Se abre la puerta y entra LOLITA, radiante. Lejos se empieza a oír un himno entre militar y sacro, interpretado por el ejército de las Damas.)

LOLITA.— ¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Están muy contentas! Han dicho que os darán tomates y aspirinas, y en Navidad, turrón. Han dicho que harán reformas en la casa y os comprarán camisas y servilletas...

(La marcha se oye más cerca.)

ELÍAS.— *(Aupándose por el ventanuco.)* ¡Ya han doblado la esquina!

JULITA.— ¡Acuérdate de nuestra madre, Concha!

CONCHA.— Tengo una hija.

JULITA.— No lo puedes hacer...

CONCHA.— Mi hija es joven.

JULITA.— La muñeca del basurero, las pipas del melón, las comiditas...

CONCHA.— Todo se me ha olvidado; tengo un hijo.

JULITA.— ¡Yo lo quiero tener!

CONCHA.— Duelen mucho, Julita... *(Llaman a la puerta.)*

ELÍAS.— ¡La liberación!

CONCHA.— ¡Ánimo, hija! Recita bien el cuento. *(Abre la puerta y hace una reverencia.)* Bien venidas, señoras, a esta miserable casa.

(En el dintel de la puerta aparecen JOAQUINA, LEONOR y la DAMA 3, LUISA la mujer de DON TEÓFANES. JOAQUINA lleva una metralleta. Las demás, agresivas sombrillas.)

JOAQUINA.— No hay morada miserable, sino mal intencionada, señora.

CONCHA.— (*Hipocritona.*) ¡Qué verdad es eso, santa señora!...

LEONOR.— Antoñito... (*Da un paso hacia él.*)

JOAQUINA.— ¡Leonor! ¡Recuerda tu alma de soltera!

LEONOR.— Sí, Joaquina.

JOAQUINA.— ¡Otra vez cara a cara, miserable! ¡La última! ¡La de la suerte!
¡Abajo os espera el pelotón que acabará con vosotros! ¡En cuanto se
haga la declaración formal de estos inocentes, la Asociación actuará
implacable, inexorable, inaguantable! He pedido ser yo la mano justi-
ciera. ¡Ay, Señor, qué placer mandar a los infiernos a un malvado!

CONCHA.— A dos...

DAMA 3.— A tres. Aquí está también mi Teófanos, que el cielo confunda.
¿Dónde se ha metido, dónde?

CONCHA.— Ha salido por la cena. Volverá en seguida.

DAMA 3.— ¡Volverá!... (*Con fruición.*)

JOAQUINA.— Señoras, depongan quienes deban hacerlo. Nuestros oídos espe-
ran la declaración.

CONCHA.— Anda, Conchita, empieza...

CONCHITA.— (*Firme y angelical, tremenda y joven*) ¡Voy a tener un hijo!

JOAQUINA y DAMA 3.— ¿También?

CONCHITA.— No ha sido culpa mía. Yo soy inocente, incongruente, insignifi-
ficante...

DAMA 3.— La pobrecita habla tan bien como usted, doña Joaquina... (*La otra
asiente, satisfecha.*)

JOAQUINA.— Cuéntanos cómo fue, criatura...

CONCHITA.— Una noche... Dormía yo tranquilamente, soñaba con un vestido
blanco y una marcha al entrar en la iglesia. De pronto sentí cómo una
mano se posaba nerviosa sobre mis...

JOAQUINA.— (*Iracunda.*) ¡Sin detalles!

CONCHITA.— Sí, señora. Pero es que los detalles...

JOAQUINA.— ¡Continúa!

CONCHITA.— Abrí los ojos y allí estaba mi tío mirándome con cara de francés.
Se acercó, y mientras apretaba la mano sobre mis...

JOAQUINA.— ¿Sin detalles, caramba!

CONCHITA.— Sí, señora. Mientras apretaba..., me dijo al oído que con él no
era malo, que con él era bueno, que con él era...

JULITA.— ¡Mentira!

CONCHA.— Verdad, señoras.

JULITA.— ¿Tú cómo lo sabes?

CONCHA.— Todos los hombres aprietan la mano y dicen esas cosas.

JULITA.— ¡Tú qué sabes cómo es mi Antonio!

JOAQUINA.— ¡Silencio! Continúa, pequeña...

CONCHITA.— Yo no quería. Me resistí como casta doncella.

JOAQUINA.— ¡Bien hecho!

CONCHITA.— Pero él apretaba y apretaba, y yo..., aunque luché..., caí ante el enemigo, señoras.

DAMAS.— ¡Otra caída inocente! ¡Qué horror!

CONCHITA.— (*Encarándose con su tío.*) ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me deshonró? ¿Por qué deshonró a toda la familia? ¡Voy a tener un hijo del pecado! ¿Por qué?... ¿Por qué?... (*ANTONIO no contesta. Ella le pega una bofetada.*) ¡Contesta, canalla! ¿Por qué?

JULITA.— (*Después de una breve pausa.*) Vamos, Antonio, no te quedes así. ¡Contesta, di algo! Todos sabemos que para hacerlo hubieras tenido que pasar por encima de mí, por encima de su madre, por encima de su abuela.

CONCHITA.— Pasó.

CONCHA.— ¡Pasó!

JULITA.— ¿Por qué lo sabes tú?

CONCHA.— ¡Todos pasan!

JULITA.— ¡Cínica!

JOAQUINA.— ¡Silencio!

JULITA.— ¡No quiero! (*Agarrando a su hermana.*) ¡Tendrás que decir la verdad, la verdad!... ¡Que tu hija es una...!

ANTONIO.— ¡Calla, mujer! No vale la pena. Ellas oyen lo que no les interesa y no lo escuchan; ellas oyen lo que les interesa y lo escuchan, aunque sea mentira.

JULITA.— ¡Aceptar o no aceptar, ésa es la cuestión! Y yo no acepto que...

JOAQUINA.— ¡Usted se aguanta! ¡No escuchamos los argumentos de..., de..., de una... (*Busca la frase detenidamente.*), de una... ramera! (*Después de decirlo, muy satisfecha, mira a todos, que la aplauden con simpatía.*)

CONCHA.— ¿Qué harán con ellos?

JOAQUINA.— Los esposaremos. Los llevaremos a juzgar. (*Deja la metralleta y saca unas esposas.*) ¡Vengan esas manos! ¡Maniatados iréis a responder al juicio final de la tierra! ¡A todos los juicios finales habidos y por haber!

JULITA.— ¡Quietas! ¡Nadie me esposará! ¡Nadie me vestirá de criminal por haber amado! ¡Viejas odiosas! (*JULITA salta sobre una silla, y desde la silla, sobre la mesa.*) ¿Qué derecho tenéis a meteros en mi vida? ¿Me meto yo en la vuestra? ¿Quién os permite juzgar, prohibir y mandar?

ANTONIO.— ¡Julita, es inútil! Baja.

JULITA.— ¡Que suban ellas aquí! ¡Que me cojan, si pueden! Venid. ¡Vamos, venid! ¡Debéis matarme! ¡Voy a tener un hijo! Puede ser un peligro para vosotras. Tenéis que acabar con él antes que llegue. Luego podría ser demasiado tarde. Pero ¡tenéis que subir aquí, si lo permiten vuestras piernas de alambre! ¡Voy a tener un hijo!... (*Empieza a reír.*) ¡Él me vengará! ¡Él hará justicia!

JOAQUINA.— ¡Vamos, señoras, duro con ella! (*Arremeten contra la mesa JOAQUINA y LUISA. JULITA se defiende a patadas.*)

ANTONIO.— ¡Tía Joaquina, la vais a tirar! ¡Se va a malograr el niño!

CONCHA.— ¡Duro, señoras! (*ELÍAS corea a su mujer en silencio.*)

JULITA.— (*Jadeante.*) ¡Ea! ¡Cogedme, si podéis! ¡Vamos, si es muy fácil! (*Ríe histéricamente.*) ¡Usted también, anímese, venga!... (*Lo ha dicho por LEONOR, que con la metralleta en las manos permanece al margen de la escena. Hay forcejeo. Risas de JULITA. «¡Basta!» de ANTONIO. Frases de animación a las VIEJAS pronunciadas por la familia de ella. Gran jaleo. Gran barullo. Aún sigue sobre la mesa JULITA, sin que puedan acercarse y tirarla de una pierna, que es lo que pretenden.*)

CONCHA.— ¡Las patas de la mesa!

(Las VIEJAS se agachan, cogen la mesa por las patas y la inclinan, obligando a caer a JULITA. Impresionante, pero muy breve silencio. JULITA queda en el suelo doblada, con infinita expresión de dolor. Se sujeta el vientre.)

ANTONIO.— ¿Te has hecho daño?

JULITA.— (*Asintiendo con la cabeza.*) Sí.

JOAQUINA.— (*Triunfante.*) ¡Vamos, Leonor! ¡Lo hemos conseguido! ¡La vic-

toria es nuestra! ¡La victoria de Samotracia, la de las Termópilas! ¡Todas las victorias son nuestras!

DAMA 3.— ¿La de Verdún también?

JOAQUINA.— ¡Y la de Waterloo! ¡Adelante! ¡El enemigo es nuestro! ¡Hay que amarrarlos! ¡Échanos una mano, Leonor! ¡Duro con ellos!

LEONOR.— (*Encañonando a su hermana con gesto amenazador.*) ¡Quietas! ¡No te muevas! ¡Que no se mueva nadie! Las Termópilas pueden ser cosa tuya, pero Antonio y Julita son cosa mía. He pasado muchos apuros para criarlo. He tenido que aguantar muchas órdenes estúpidas y fingir que te obedecía para sacarlo adelante. ¡Nuestro sobrino tiene derecho a la vida! ¡Nuestro sobrino es honrado! ¡Nuestro sobrino es nuestro sobrino y no estoy dispuesta a perderlo!...

JOAQUINA.— (*Autoritaria.*) ¡Te estás colocando al margen de la Asociación!

LEONOR.— ¡Y al margen del acordeón y al margen del avión! Todo antes que consentir que mi sobrino sea otra víctima vuestra, como yo. Todo antes que ver cómo llega el pobrecito soltero a la menopausia, como yo.

JOAQUINA.— (*Autoritaria.*) ¡Leonor!

LEONOR.— Leonor se ha muerto. ¡Yo soy un comando independiente! Mi guerra está planteada. ¡Ni América, ni capitalismo, ni colonialismo! ¡Amor a los hombres! ¡Amor al amor!

JOAQUINA.— ¡Gorrina! ¡A tus años pensando en el amor!...

LEONOR.— Lo que me dé la gana. ¡Soy libre como una vaca silvestre! Ya no soy cosa tuya ni cosa de la Asociación. He conseguido romper, por fin, contigo, con vosotras. Creí que no podría; pero lo he conseguido, Antoñito, lo he conseguido...

JOAQUINA.— (*Desconcertada.*) ¡Basta de bromas, Leonor!

LEONOR.— Esto es muy serio. Ya no obedezco a nadie. Yo nunca tuve un hijo, Joaquina, ni sentí sobre el vientre la pesadez de un hombre alegre y retozón. Cuando era joven y perdimos a mamá, me tuve yo que quedar con papá para lavarle la barba y ponerle a hacer sus cositas por la noche. Tú te casaste y yo me quedé cuidando al pobrecito. ¡Y no me pude casar! Me dejó mi novio porque no le daba nada de lo que estaba deseando darle, porque estaba harto de verme lavar la barba a papá. Y cuando se murió el pobrecito me tuve que ir a tu casa para lavarte las enaguas y poner a tu gato hacer sus cositas. ¡Llevo así cincuenta años! Pero ¡se acabó! ¡La opresión tiene un límite! ¡Ya no volveré aguantar tu

trompeta, tu sable, tu tambor, tus bigotes, tu guerra de Cuba! Yo no tengo nada que ver con todo eso. Lo único que quería era un marido y un hijo. Una casa pequeña con repollo y sardinas, con apuros de día y abrazos por la noche. ¡Y no ha podido ser! Pero aún sé que sirvo para algo. Antoñito se irá, será feliz, tendrá un hijo y un día vendrá a romperos la crisma a ti y a toda la Asociación.

DAMA 3.— ¡Doña Leonor, se está usted propasando! La Asociación...

LEONOR.— *(Como un energúmeno. Definitivamente autoritaria.)* ¡A callar he dicho! ¡Aquí la única que habla soy yo! *(A la familia de JULITA.)* ¡Ustedes, al rincón! ¡Y vosotras ahora mismo vais a hacer «strip-tease»!

LAS OTRAS DOS.— ¡Queeeé!

LEONOR.— ¡Que os vais a quitar el vestido, Joaquina!

JOAQUINA.— ¡Antes la muerte que dar un escándalo!

LEONOR.— ¡Pues te mataré! Necesito tus vestidos.

JOAQUINA.— ¡Basta de bromas, Leonor!

LEONOR.— ¡O te quitas el vestido o aprieto el chirimbolo este sin contemplaciones! Ésta es la rebelión, Joaquina. ¡Nada se puede contra ella!

DAMA 3.— Doña Joaquina, ¡nosotras en enaguas!...

LEONOR.— ¡En enaguas!

JOAQUINA.— Obedezca. ¡Se ha vuelto loca! ¡Es capaz de todo!

DAMA 3.— ¿Y la moral?

JOAQUINA.— ¡Cierto! *(Transición. A LEONOR.)* Concédenos, al menos, una cosa.

Ya que tenemos que quedarnos en enaguas, manda a los hombres que se vuelvan de espalda. ¡Nunca nos perdonaríamos haber despertado la fiera que todo hombre lleva dentro!

LEONOR.— ¡Tú... la fiera!... *(Ríe estrepitosamente.)* ¡Tú eres una momia! ¡Todas vosotras sois unas momias! ¡Y basta de historias! ¡A desnudarse, puñeta! *(El palabro ha decidido la situación. Las otras, muy pudibundas, se quitan el vestido y quedan en increíbles enaguas.)* Cógelos, Antoñito. Uno para Julita y otro para ti. Es la única forma de salir de aquí. Las que esperan abajo no os descubrirán. Podéis iros muy lejos, donde ellas no puedan cazaros.

ANTONIO.— Pero tú...

LEONOR.— Me iré con vosotros. Os defenderá hasta que llegue el niño...

JULITA.— El niño está llegando...

ANTONIO.— ¡Si faltan varios meses y tres días!

JULITA.— Me duele horriblemente, Antonio.

ANTONIO.— ¡Vamos, ponte el vestido pronto!

LEONOR.— Tenemos que salir de aquí antes que se impacienten las que están abajo. (ANTONIO *se ha metido el vestido mayor, que, naturalmente, le sienta muy mal. Ayuda a JULITA, mientras LEONOR mira a su hermana con sorna.*) Joaquina, qué fea y qué flaca eres. Tú eres la Asociación. (*Ríe estrepitosamente.*) Os odio con mis cinco sentidos. Voy a llevarme a Antoñito... ¡Hay que traer ese hijo al mundo!

JULITA.— (*Metiéndose a duras penas el vestido.*) No podrá ser. ¡No vivirá!

LEONOR.— No te apures, hijita; llegará otro que nos ayude. Uno cualquiera. Siempre habrá una mujer que las odie.

JOAQUINA.— ¡Leonor, cómo ha sido posible!...

LEONOR.— El amor, Joaquina, el amor. Es una cosa tremenda... Parece que tiene alas para volar. ¡Parece que no tiene vesícula biliar!

ANTONIO.— Ya estamos listos, tía.

JULITA.— Me duele mucho, Antonio.

LEONOR.— Yo sé un sitio seguro. Vamos allá. Pasad delante de las que están abajo con aire marcial, como si el mundo estuviera rendido a vuestros pies. Aunque te duela mucho, hija mía. Es muy importante que nos vean erguidas. Sólo ellas pueden caminar tiesas... Son como palos. (*A su hermana.*) No gritéis hasta que hayamos doblado la esquina. ¡Si no, volveré y te dejaré aquí mismo, Joaquina!

JOAQUINA.— ¿Te das cuenta de lo que haces, Leonor?

LEONOR.— Sí, Joaquina.

JOAQUINA.— ¡El cielo no permitirá que tu delito quede sin castigo, Leonor!

LEONOR.— ¿Qué cielo? ¿Tu cielo sucio, negro y maloliente? (*Ríe.*) ¡El cielo es inocente, como ellos, como mi blanca alma de soltera! ¡No le metas en esto! ¡Adiós, Joaquina, rica!... ¡Por fin me libré de ti! Todos queremos librarnos de todos... No podemos, porque nos aprietan, nos aprietan, nos aprietan, hasta que llega un día que no podemos más. Ya no volverás a quitarme la muñeca, Joaquina... ¡Vete a Cuba, vete a la trompeta, vete al tambor! ¡Vete a la porra! ¡Vamos, hijo! ¡No hay tiempo que perder!

JULITA.— Adiós, Concha. Ya tenéis vuestra felicidad, un poco más de espacio y la amistad de estas viejas locas, que os regalan lo que es vuestro.

Ya estáis otra vez en vuestro mundo canijo de hambre, canalladas y reverencias. *(Hace un gesto de dolor.)*

ANTONIO.— No hables, no hables...

(Salen los tres. Hay un largo silencio.)

JOAQUINA.— *(Enloquecida.)* No podemos dejarlos escapar. Tenemos que organizar la caza. ¡Vamos, doña Luisa!

DAMA 3.— ¿Así?

JOAQUINA.— Hermanos, prestadnos algo con que cubrir nuestras vergüenzas.

CONCHA.— Tengan. *(Les da unas mantas, en las que ellas se lían.)*

JOAQUINA.— ¡Escobas!

LOLITA.— ¡Sólo tenemos una!

JOAQUINA.— ¡Venga esa escoba! ¡Necesitamos armas! ¡Hay que atacar sin piedad! ¡Tome la escoba! Yo, con la pata de la silla... *(Va a salir blandiendo la pata de la silla, pero la otra la detiene.)*

DAMA 3.— ¿Nos vamos a ir sin mi marido, doña Joaquina?

JOAQUINA.— ¡Es cierto! *(A CONCHA.)* ¿No estaba aquí también el ex director de la cárcel?

ELÍAS.— ¿Don Teófanos? Sí.

DAMA 3.— ¡Mi Teófanos que Dios confunda! *(Dando con la escoba debajo de la cama.)* ¿Dónde está? ¡También él debe pagar! ¡Sal de donde estés, canalla! *(Buscando por debajo de las camas.)* ¡Sal de donde estés, canalla! *(Rastrea con la sombrilla.)*

(Se abre el ventanuco y entran proyectados en escena tres gatos muertos.)

TEÓFANES.— *(Fuera aún.)* ¡Ahí va la caza! *(Empieza a aparecer por el ventanuco. Descolgándose, sin ver aún nada del interior.)* Vengo lleno de arañazos..., pero contento, don Elías... ¡Lo he conseguido!... *(Se deja caer y queda frente a su mujer.)* ¡Luisa!... *(Está espantado. Intenta gatear por el ventanuco.)*

DAMA 3.— *(Sujetándole.)* ¡Ven aquí, canalla!

TEÓFANES.— *(Vencido por ella, ya en el suelo.)* ¡Soy inocente, Luisa! ¡El inocente más inocente!

ELÍAS.— No le hagan caso. ¡Es como todos! ¡Él también una noche quiso forzar a mi madre! (*Espanto general.*)

TEÓFANES.— ¡Eso es mentira, don Elías!

ELÍAS.— Nada es verdad ni es mentira; todo es según el color del cristal con que se mira.

DAMA 3.— ¡También tú, miserable!... Tú has llevado la desgracia a nuestra casa. Tú has cubierto de deshonor a nuestros hijos...

TEÓFANES.— ¡Mentira! ¡Todo mentira! ¡No tenemos hijos! ¡Tiene la matriz infantil! (*Trata de refugiarse detrás de algún mueble.*)

DAMA 3.— ¿Y si los hubiéramos tenido? (*Todas asienten, horrorizadas.*) En nombre de estos pobres hijos inocentes, pido justicia para él. ¡La máxima! ¡Ayúdenme! ¡Hay que esposarle! ¡Es un peligro! (*Entre las dos forcejean y consiguen esposarlo.*)

TEÓFANES.— (*Protestando.*) ¡No, Luisa; eso no! No pueden llevarme esposado. Me escupirán, me tirarán piedras, me...

DAMA 3.— ¡A la calle, Teófanés! ¡Al escarnio público! ¡El pueblo te espera para ajusticiarte!

TEÓFANES.— ¡La calle, no, Luisa! ¡Ten piedad de este pobre viejo, cojo y paralítico!

(Se finge paralítico de un lado y pasea esposado por la escena.)

DAMA 3.— ¡No hay piedad para ti!

TODOS.— ¡A la calle, a la calle!

TEÓFANES.— ¡Me niego, ea!

(Se planta y empieza a repartir mamporros a diestro y siniestro con las dos manos juntas. Las damas la emprenden a palos con él.)

UNA DAMA.— ¡Acabemos de una vez!

TEÓFANES.— (*Acorralado.*) ¡Compasión, amor, belleza, paz, autodeterminación!... ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!... (*Eso último lo ha dicho ya fuera de escena. Todas las damas, menos la primera, han salido tras él. Su voz se aleja cada vez más.*) ¡No, Luisa, no! ¡Soy ino-

cente! ¡Te lo juro por nuestros hijos! ¡Amaos los unos a los otros!... ¡Amaos! ¡Amaos! (*Se oye el rugido de la muchedumbre, que le ha descubierta.*) ¡No las hagáis caso! ¡No!... ¡Yo no!... ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!... ¡Amaos los unos a los ot...!

(Se escucha claramente un rugido de la multitud, y luego, sobre el murmullo siguiente, un alarido y varios «Noes» dichos por DON TEÓFANES. Luego se hace un silencio. Al momento se abre la puerta y entra la Dama 3 hecha un mar de lágrimas. La acompaña otra Dama.)

DAMA 3.— ¡Como un pajarito me lo han dejado! ¡Pobre Teófanos! ¡Siempre tan bueno, siempre tan caritativo! ¡Qué sola me has dejado en este valle de lágrimas!

JOAQUINA.— ¡Ánimo, doña Luisa! ¡La acompaño en el sentimiento!...

TODOS.— Igualmente.

DAMA 3.— ¡Gracias, gracias!... Pero él ya nunca volverá... ¿Qué va a ser de mí, sola?

JOAQUINA.— ¡Vamos, valor! Vamos a casa. (*Despidiéndose, después de un gesto de compasión.*) La Asociación agradece sus desvelos y sabrá recompensar sus servicios. Al niño de esta pobre inocente lo tomaremos bajo nuestra custodia; se le pondrá el nombre de nuestra presidenta y se le costeará una carrera. (*A ELÍAS.*) ¡Usted percibirá pluses y sobretasas! ¡Exenciones tributarias y prebendas! Para mayor higiene, la Asociación costeará la instalación de un lavabo y un inodoro. ¡Nada de baño! ¡Nada de «bidet»! ¡Evitemos la inmundicia desnudez de la carne!... Señoras y señores..., buenas tardes.

(Hace una reverencia y sale. En la calle se oye un murmullo.)

CONCHA.— (*Rompiendo en sollozos.*) ¡Un lavabo y un inodoro, Elías! ¡El sueño de nuestra vida! ¡Es muy hermoso!... ¡Parece mentira!

LOLITA.— ¡Ay, qué desgracia de ser pobre! ¡Nadie se acuerda de una!

CONCHITA.— ¡Ay, madre, qué feliz soy! ¡Un hijo! Yo no tendré un hijo a los cuarenta y siete años... Yo no me casaré a los cuarenta y...

ELÍAS.— ¡Tú no te casarás nunca!

CONCHITA.— Cuando vuelva mi novio.

ELÍAS.— Nunca vuelven. Pero... no podemos quejarnos. Gracias a ti tenemos inodoro. *(A los chicos.)* ¡Vamos, gandules! ¡A buscar trabajo! ¡Es el momento! Ahora podréis lavaros. ¡Arriba!

CONCHA.— ¡No me toques a los chicos, que bastante tengo encima!

CHICOS.— *(Enardecidos por las palabras de su madre, pasean por la habitación ondeando unas banderitas deportivas.)*

¡Alabín, alabá!

¡Alabín, bon, ba!

¡Lavabo!

¡Lavabo!

¡Y nada más!

(La abuela, que tiene una escoba junto a la silla, la coge y apalea a los dos imbéciles. Ellos van corriendo a refugiarse en las faldas de su madre.)

CONCHA.— *(Reprimiéndoles como si fueran dos criaturas.)* No, hijitos, no. Los hombres tienen que ser valientes. Los hombres que se dejan pegar por una vieja paralítica no merecen tener madre ni ser hombres. Si os volvéis a dejar pegar por la abuelita os curará los chichones el lucero del alba... *(Mientras les pasa una mano por los chichones.)* ¡Ay, Elías! ¡Nuestros hijos se dejan pegar por una Vieja paralítica!

ELÍAS.— ¡Respeto a mi madre, Concha!

CONCHA.— ¡Nos iban a traer una vida mejor..., y si no fuera por las Damas, ni lavabo! ¡Ay, los hijos, los hijos!...

CONCHITA.— ¡Mi niño será Ministro! ¡Almirante! ¡Jefe!

CONCHA.— Pide a Dios que sea Dama. *(Acaricia a sus hijos.)* ¡Qué pena, hijos míos, qué pena! ¡Tan hombrecitos y tan maricones!

ELÍAS.— ¡De mí debíais aprender! ¡He mantenido una familia! ¡Os he dado un porvenir! Tengo un honorable empleo y ...

VIEJA.— *(Cantando:)*

A la sombra de una sombrilla

De encaje y seda...

ELÍAS.— (*Atemorizado.*) Puede que sí, madre, pero no he podido hacer más. Tenía la esperanza de que ellos conseguirían lo que yo no... Pero... nada, ha sido inútil. Yo te juro que no he podido hacer más... Hijos míos, no, no he podido hacer más. Las cosas están muy mal; no hay suerte, no hay influencias...

(*Oscuro.*)

CUADRO SEGUNDO

En casa de la alcahueta. Una alcoba oscura; una cama sucia como el pecado; una mesilla enjuta como la dueña; una luz triste como el lupanar, y dos sillas cojas.

(La cama está deshecha, la Dama 4ª se está atusando el vestido. Se abrocha un corchete. Ríe con risita de conejo feliz, frívola y descansada, pecadora y alegre. Junto a ella, DON FABIÁN se empieza a poner la levita severamente, aunque no puede ocultar un gesto picarón, que le traiciona. Se está oyendo un can-can, a cuyos compases se mueven los dos por la alcoba. Suenan golpes precipitados en la puerta. Los dos, por gestos, dicen que para qué tanta prisa. Ella le indica a él que le abroche otro corchete, quizá un botón, o acaso sea una cremallera que hay que subir. Es en la cintura. El sube la cremallera, o abrocha el botón, y luego, picarón, deposita un cándido azote en el trasero de la dama. Se repiten los golpes en la puerta. El can-can se oye más fuerte. Ella mira el reloj y se muestra consternada. Seguramente es muy tarde. Él trata de retenerla. La toma suavemente por los brazos y susurra algo a su oído, provocando en ella una turbación de colegiala, de doncella. Vuelve a susurrar algo y ella ríe con contención. Parece que estamos viendo una escena de primavera. Dos pájaros juegan antes o pue-

de que después de haber intentado perpetuar la especie. Debe ser después, pero aún se conservan enteros. Él vuelve a susurrarla algo y ella está casi rendida. Va a besarla en el cuello. Ella no lo impide. Muy despacio, sin ninguna prisa. Suenan de pronto los golpes, más enérgicos, más precipitados. Gesto de fastidio de los dos. A DON FABIÁN, que es asmático y bronquítico y cabezota, le da un acceso de tos que parece tosferina. Ella le golpea la espalda. No; definitivamente, lo que pudo parecernos un arrullo estival es algo repugnante y sin gracia. El amor nunca es viejo. No tiene la cara de pergamino arrugado, como ella, ni bronquitis, como él. El amor es joven como la mañana. Los golpes ya no cesan. En vista de lo cual se impone DON FABIÁN. Hace cesar sus toses y, congestionado aún, pide a la dama que le alcance algo. Le alcanza un vestido de dama que hay sobre la silla. Le ayuda a ponérselo, le coloca un pañuelo negro sobre la cabeza y, entre los golpes insistentes, se dirigen a la puerta. Él vuelve a toser. Salen. La música ha fundido con una melodía triste, que llena la escena, vacía de personas. Entra MARCELA. Con una rara maestría borra las huellas que ha dejado en el lecho el sucio acto y sale. Hay una breve pausa, y entran LEONOR, DOÑA SOCORRO, ANTONIO —vestido como salió en la escena en el cuadro anterior— y JULITA, desfallecida, dolorosa y sin fuerzas. La ayudan su marido y la tía.

SOCORRO.— Pasen, pasen, bondadosas señoras... (*Mirándolos, extrañada.*) Es la primera vez que vienen tres... Debo advertirles que en esta casa las costumbres francesas no han hecho presa nunca. Somos clásicos y severos en nuestras costumbres.

LEONOR.— Yo vengo acompañándolos, doña Socorro... Pero voy a ausentarme en seguida. Tengo mucho que hacer. Que no les falte nada. Y la cuenta pásela a la Asociación. Que estén el tiempo que quieran... ¡Adiós, hijitos, adiós!... Vigilaré. Reclutaré a todos los enemigos de ellas. ¡La vida es hermosa como un plato de guindas con nata! Estáis como en

casa... Como en casa... Tranquilidad. No hay nada que temer. Fuera, todo se ríe de ellas. Está llegando la primavera... ¡Adiós!... ¡Cuídelos, doña Socorro! Él es sobrino de doña Joaquina... ¿La recuerdas?

SOCORRO.— ¡Mujer de pelo en pecho, señora! Y buena clienta de la casa. Gracias a ella se incautó la Asociación de mi negocio cuando me retiraron la licencia de apertura, y puedo seguir trabajando por el bien y por el mal, por el fuego y por la estopa...

LEONOR.— ¡Adiós! Tranquilos. Que no ocurra nada. *(Sale, risueña como un ángel.)*

SOCORRO.— Aquí estarán como en su casa.

ANTONIO.— Gracias. *(A JULITA.)* ¿Cómo te encuentras?

JULITA.— Mal...

SOCORRO.— Al principio a todas les ocurre lo mismo; pero luego... *(Ríe con risita de complicidad.)* En fin, comprendo que ahora querrán estar solitos. Hasta luego. Si necesitan algo, ya saben, no tienen nada más que tirar de la campanilla... ¡A pasarlo bien!

(Sale con paso menudo y una risita hueca y molesta, como la de cualquier clásica Celestina. Cierra la puerta secamente, igual que si cerrase un ataúd. Un largo silencio. JULITA y ANTONIO se miran. Ella ahoga un sollozo de dolor y esconde la cara en el pecho de su marido.)

JULITA.— No puedo más; se nos marcha, Antonio.

ANTONIO.— Descansa; puede que aún sea tiempo y que se salve. Ya estamos tranquilos.

JULITA.— *(Con los dientes apesados, niega.)* No; estamos igual que aquella noche que lo hicimos... También vendrán aquí. Ellas llegan a todas partes. Son como la peste.

ANTONIO.— Mi tía Leonor...

JULITA.— No podrá. Está sola.

ANTONIO.— Cuando hable, otros la seguirán, la ayudarán a sacarnos de las uñas de las viejas. *(Largo silencio.)*

(JULITA se retuerce de dolor. Lanza un alarido atroz.)

JULITA.— Moradito y sin vida llegará. Sin uñas y sin llanto, Antonio. ¿Qué hemos hecho nosotros para que ocurra esto?

ANTONIO.— ¡Amarnos, Julita! ¿Te parece poco?

JULITA.— ¿Por qué esas tías pregonan el amor, si no saben cómo es?

ANTONIO.— ¡Calla, no hables!

JULITA.— (*Levantándose.*) ¡No! ¡No quiero! ¡No quiero que mi hijo vea el mundo aquí, aunque nazca sin vida! Vamos a la calle. ¡Las estrellas, Antonio, son mejor las estrellas! Y más limpias. Aquí huele a pecado. La colcha, las paredes, todo... ¡Vámonos de aquí, aunque nos cacen, aunque el niño se nos pierda por el camino! ¡No quiero que mi sangre se manche en un lupanar!

ANTONIO.— (*Como un lamento.*) Sí, tienes razón... (*Se levanta, va a la campanilla y tira de ella.*)

SOCORRO.— (*Entrando muy risueña.*) ¿Alguna cosita? ¿Toallas, jaboncito, colonia? ¿Qué desean?

ANTONIO.— Marcharnos.

SOCORRO.— ¿Qué? ¿Se arrepienten? (*Él asiente.*) No sean criaturitas...

ANTONIO.— Señora, no hemos venido aquí a hacer el amor. Hemos venido a estar en una casa nuestra tranquilos, donde nadie la oiga gritar cuando tenga que hacerlo para que salga el niño...

SOCORRO.— ¡Son ustedes muy raros!

JULITA.— ¿Es raro querer un niño llorón y con uñitas?...

SOCORRO.— (*Desconcertada.*) No, claro; pero quererlo en este sitio... Sólo los matrimonios, no mis clientes...

JULITA.— ¡Nosotros lo queremos!

SOCORRO.— Pues... nada, nada... (*Está desorientadísima.*)

ANTONIO.— Queremos un hogar, ¿entiende?

SOCORRO.— (*Creyendo haber comprendido.*) ¡Ah! ¿Sólo por eso? Eso lo arreglo yo. Esperen un momento. ¡Marcela, Marcela!... (*Sale, llamando a la criada.*)

JULITA.— No hay nada que hacer, Antonio. Han conseguido matar nuestra ilusión. (*Gime.*) No podremos llegar a ningún sitio. Hay algo que me hace sentir un asco inmenso por la vida... ¿Por qué nos han condenado? ¿Por qué han condenado al niño?

ANTONIO.— Estamos condenados antes de nacer. Sólo los elefantes son felices. En la selva no hay viejas ni hombres cobardes que las aguanten.

JULITA.— Vámonos a la selva.

ANTONIO.— *(Como un lamento.)* Si pudiéramos...

(Hay un silencio. Entra DOÑA SOCORRO con MARCELA, una criada de lupanar, vieja y despeinada. Entre las dos traen una mesa camilla pequeñita con las faldas pardas y raídas.)

SOCORRO.— *(Mientras colocan la camilla ante la cama.)* ¡Ajajá! Como en su propio hogar. *(Se frota las manos. A MARCELA.)* ¡Apúrate! El florero y la baraja. *(Sale MARCELA.)* Una brisca y todo será mucho más fácil. Es un sistema que no falla. ¡Esta casa tiene la experiencia de muchos servicios! *(Por el brasero.)* De vez en cuando, una firmita. El calorcito siempre ayuda a la fantasía. *(Entra MARCELA con un florero y una baraja, que deja sobre la mesa, y vuelve a salir.)* Les traeré un chocolate con picatostes. Como una tarde de domingo en su casita, ¿eh? ¡Levanten ese ánimo, criaturitas! ¡Vamos!... *(Sale.)*

(JULITA y ANTONIO se miran y sonríen tristemente. La VIEJA ha acercado las dos sillas, y ellos, sin darse cuenta, se sientan. ANTONIO coge la baraja, juguetea con ella y da cartas. Juegan un momento en silencio, como autómatas. En determinado momento JULITA echa una carta y deja la mano sobre el tapete. ANTONIO echa otra y deja su mano sobre la de JULITA. Luego la toma lentamente y se la lleva a los labios.)

ANTONIO.— Julita, ¡tú harás el milagro!

JULITA.— ¡No hay milagros! Se va... *(Gesto de dolor.)*

ANTONIO.— ¡Será blanco!

JULITA.— ¡Morado y sin vida, como todos lo que hay alrededor! Vámonos lejos. Donde no están las viejas. Donde los hombres sean ángeles sin espadas.

ANTONIO.— Ese lugar no existe.

JULITA.— Llegará un día. Hay que buscarlo. Vamos.

(Cuando han llegado casi a la puerta aparece DOÑA SOCORRO, casi desencajada.)

SOCORRO.— ¡Son las damas! ¡Están paradas abajo! ¡Traen el cañón! ¡Dense prisa! ¡Al sótano! ¡Si los cogen aquí se me ha caído el negocio! Han rodeado la casa. Un pelotón está subiendo la escalera. ¡Lo manda su tía Joaquina! ¡Vengan conmigo! ¡Yo les diré por dónde! ¡Vamos, dense prisa!

(Cuando los tres van a precipitarse fuera se abre de improviso la puerta e irrumpen en la alcoba hasta nueve Damas. Al frente de todas ellas viene DOÑA JOAQUINA. Todas van armadas.)

JOAQUINA.— ¡No se mueva nadie! ¡Quietos o disparo! *(Todas les encañonan.)*
¡Al fin, Antonio! ¡En lo más bajo! ¡Los tipos como éste no se contentan con sembrar el daño! ¡Llegan siempre a lo último! ¡El lupanar!... ¡Señor, el lupanar!... ¡Asociada secretaria, lea la condena sumarísima en rebeldía dictada contra estos seres!...

SECRETARIA.— Reunido el Consejo sumarísimo de las honorables Damas de la Asociación, depositarias de los inapreciables dones de la castidad y el buen vivir, condenamos en rebeldía a la pareja maldita a la última pena, que se ejecutará sin dilación por cualquiera de nuestras asociadas que los tenga al alcance se sus armas. Firmado: La Presidenta.

JOAQUINA.— Yo voy a ser la mano justiciera, Antonio. Yo, que te he alimentado para que vivieras, voy a privarte de la existencia en bien de la sociedad.

ANTONIO.— Está bien, tía Joaquina. Así descansaré. ¡No puedo más! Te lo agradezco. ¡Vivir en este mundo vuestro...!

JOAQUINA.— ¡Hipócrita, canalla! ¡Yo sé que nadie desea morir! ¡Ni tú tampoco! Pero ¡vas a morir! ¡Ahora mismo! ¡Para bien de la ciudad! ¡Para nuestra salvación y nuestro descanso!

DAMA 1.— Doña Joaquina, su tensión...

JOAQUINA.— Gracias, amiga. Pero pierdo el control cuando me veo enfrente de estos seres monstruosos, sucios, jorobados.

JULITA.— ¡Vosotras sois las monstruas, sucias y jorobadas! ¡El amor no es jorobado, como vosotras! ¡No penséis que los hijos son fetos como los hijos que lleváis en la imaginación o que un día tirasteis a la basura, de mozas, para tapar la falta!...

ANTONIO.— Julita, qué más da...

JULITA.— (*Continuando.*) ¡No penséis que la libertad es hacer lo que vosotros queráis ni que la alegría de vivir tiene que estar de acuerdo con vosotras! Hay pájaros y peces, a pesar vuestro. ¡Hay risas y pimientos colorados!

JOAQUINA.— ¡Silencio! ¡A callar! ¡Sois reos de muerte! ¡No existe apelación a vuestra pena!

JULITA.— Pues ¿qué espera para cumplirla? ¡Vamos! ¡Adelante! ¡Antonio, está llegando el niño! (*Queda casi caída, asistida por él. Murmura:*) No veremos llegar la primavera.

(Doña JOAQUINA ha saltado ágilmente sobre la cama y, dominándolo todo, encañona a la pareja.)

JOAQUINA.— ¡Ahora mismo voy a ejecutarla!

SOCORRO.— Doña Joaquina, usted no tiene derecho...

JOAQUINA.— Tengo derecho a todo. Yo soy la Asociación. ¿Quién eres tú para decirme nada, vieja alcahueta?

SOCORRO.— Usted ha sido amiga mía...

JOAQUINA.— ¿Qué dices, perra vieja?

SOCORRO.— Cuando usted venía con aquel ambulante de Correos...

JOAQUINA.— (*Encañonándola.*) ¡Retrátate! ¡Morirás por calumnia!

SOCORRO.— Me retracto, señoras; pero lo del ambulante de Correos os juro que es verdad... (*Todas la encañonan.*)

JOAQUINA.— Su lengua de víbora puede sembrar el desconcierto sobre nuestras reputaciones intachables. ¡Debe morir, señoras!

TODAS.— ¡Debe morir!

(Todas van cercándola y la amenazan con sus armas.)

SOCORRO.— ¡No, no, no, no! ¡Tengan un poco de calma! ¡Hagan memoria, señoras! ¡Todas ustedes, solteras, casadas, viudas, me han tenido y han dispuesto de mi casa cuando la han necesitado! ¡Tengan piedad!...

TODAS.— ¡No puede haber piedad para tu alma!

SOCORRO.— ¡Clemencia!

TODAS.— ¡No la mereces! ¡Alcahueta! ¡Víbora!

SOCORRO.— *(Al ver estrecharse el cerco.)* ¡Amnistía! ¡Perdón! ¡No lo hagan, señoras! ¡Clemencia! ¡Clemencia!

(Mientras grita, salta por encima de las damas, gana la puerta y corre como alma que lleva el diablo.)

JOAQUINA.— ¡Que no escape viva! ¡Sería nuestra ruina!

(Gran alboroto. Algunas damas salen en persecución de la alcahueta. Breve silencio. Por fin, un alarido, una ráfaga de ametralladora y un silencio de muerte. Entran muy lentamente las damas que han salido.)

DAMA 4.— *(Adelantándose un paso, con encantadora y beatífica sonrisa.)*
¡Cumplida la orden, doña Joaquina!

JOAQUINA.— La propondré para una medallita de San Gabriel, doña Marciala. *(Volviéndose a la pareja.)* Y ahora vosotros; rezad. Nuestro perdón llega hasta permitirnos el arrepentimiento. Rezad lo que sepáis. Vuestra hora es llegada. El Anticristo va a desaparecer. ¡Atención! *(Apunta.)*

JULITA.— No espere más. Dese prisa. ¡Tengo prisa! ¡Antonio, ven! *(Se abrazan los dos juntos a la cama.)* ¡Cielo, sol, cariño, flor! ¡Míralas cómo babean! ¡También ellas quisieran abrazarte, Antonio! Pero ¡están huecas y no toleran que haya mujeres capaces de llenar el mundo de hombres!

ANTONIO.— ¡La tía Leonor volverá, Julita! ¡Acabará con ellas! *(Empieza a cantar. Luego ella le sigue. Terminan a coro.)*

LOS DOS.— Por el mar corre la liebre...
Por el mar corre la liebre...
Por el monte la sardina...
Tralará.
Por el monte la sardina...
Tralará.
Por el mont...

(Ráfaga de ametralladora, disparada exclusivamente por JOAQUINA. Los dos se doblan y van a caer sobre la cama, abrazados. JOAQUINA alza triunfante el arma y salta al suelo. Aplausos, hurras y vítores.)

TODAS.— ¡Qué puntería! ¡Bravo! ¡Colosal!

JOAQUINA.— Eso es lo de menos, señoras. Lo importante es que la justicia se ha cumplido. Que la ciudad se ha liberado de estos seres. Vamos a participárselo a nuestras hermanas asociadas. Hay que celebrarlo. Habrá verbena en la plaza y traca en la Alcaldía. Podrán bailar las mozas en la plaza del mercado y los mozos en el Mirador del Hortelano. Pondremos una lápida para celebrarlo. Habrá desfile y «Te Deum». ¡Vamos!...

DAMA 1.— Doña Joaquina, ¿no le parece que no está bien dejarlos así, medio abrazados, sobre la cama...? ¿Qué dirá la gente, si los ve?

JOAQUINA.— ¡Déjelos! ¡Mejor! Quien los vea abrazados pensará: «¡Mira lo que les ha pasado por abrazarse! Les está bien empleado.»

TODAS.— ¡Aguda observación!

JOAQUINA.— *(Solemne.)* Que Dios les perdone, como nosotras les hemos perdonado. *(Se santigua, y las demás también se santiguan.)*

TODAS.— ¡Así sea!

JOAQUINA.— ¡En marcha! ¡Por la derecha, de una! ¡Mar...!

(Se van cantando el siguiente himno, con música del himno de las S.S. Todas van saliendo marcial y ordenadamente, mientras cantan:)

La Asociación de Damas Honorables
Se mantendrá dentro de la virtud,
Y, sonriendo al cielo, atacará al demonio,
Y al pecador la muerte le dará.

*(Un pausa. La luz baja hasta iluminar sólo un foco cenital las figuras inmóviles de ANTONIO y de JULITA.)
(Lentamente cae el telón.)*